

Alejandro Casona

La Tercera Palabra

Acto primero

Exterior ante el porche de una vieja casa de campo con fondo lejano de montañas que asoman sobre el tejado. Una mesa sólida con algunos libros y cesto de labor, y algunas sillas rústicas. Quizá una parra o glicina. Quizá un nogal con arriate pero sin olvidar que estamos ante una casa de vivir, no en una casa de veranear. A la izquierda, tapia bardal con verja al camino, que seguramente no es carretera. A la derecha, la casa se prolonga y se pierde en un cuerpo más alto con salida abierta hacia el valle y el río.

Mañana de sol La escena, sola. Se oye la voz de tía Matilde que sale llamando.

Tanto la tía Matilde como la tía ANGELINA, que conoceremos enseguida son dos mujeres con más fantasía que razón marchitas por la soledad y la soltería. Tal vez su insobornable manera de vestir las hace parecer un poco más antiguas de lo que son en realidad, ya que - cortesía aparte- no se las debe suponer más allá de los cincuenta y tantos. Matilde más autoritaria, se inclina peligrosamente a la oratoria. Angelina, más prudente, prefiere la música. Son dos tipos pintorescos, con cierto aire de abanico y álbum familiar: pero el autor, que siente por ellas una irremediable ternura, prohíbe expresamente convertirlas en dos tipos ridículos. En cuanto al tío EUSEBIO, no pretende ser más que un discreto jardinero de teatro.

La acción, deliberadamente, no tiene tiempo ni lugar determinados; pero es seguro que un director inteligente la situaría en un paisaje lo más parecido posible al norte español.

y en cualquier época lo más cerca posible de la sonrisa y la paz. Izquierda y derecha, las del espectador.

MATILDE y EUSEBIO

Matilde - ¡Eusebio... Eusebio...!.

Voz DE Eusebio. - Ya va, señora, ya va...

Entra con unas ramas de almendro en flor y la cabeza descubierta vendada con un gran pañuelo.

MATILDE. - ¿Pero todavía aquí? El tren debe de estar llegando de un momento a otro.

Eusebio. - Hay tiempo de sobra.

Matilde - ¿De sobra? El reloj del comedor tiene las diez y veinte.

Eusebio. - Pero el mío tiene las diez menos cinco. De manera que son las diez y cuarto en punto.

MATILDE, - ¿Y le parece tiempo de sobra las diez y cuarto para llegar al tren de las diez y veintidós?

Eusebio - Sin prisa. El tren de las diez y veintidós no llega nunca hasta las once menos

veinticinco.

Matilde. - - ¿Y si se le ocurre llegar a tiempo precisamente hoy?

Eusebio. - No hay peligro. En lo que llevo de vida no recuerdo un caso de puntualidad como ese tren; ¡Treinta años llegando todos los días con el mismo retraso!

MATILDE. - De todos modos no hay tiempo que perder. ¿Está preparado el coche?

EUSEBIO. - A la puerta.

MATILDE. - ¿Y esas flores blancas? Yo le había pedido ramas verdes.

EUSEBIO. - Cierto. La señora dijo que ramas y que verdes, pero la señorita dijo que flores y que blancas. Por eso he traído almendros, que son las dos cosas juntas.

Matilde - Por esta vez, pase. Pero no olvide que en esta casa la única que da órdenes soy yo. (Dispone los almendros en una tinaja junto a la ventana.)

EUSEBIO. - Mientras sea posible prefiero estar en paz con las dos.

MATILDE. - Mal sistema, Eusebio. A los que van por la derecha les tiran piedras de la izquierda; a los que van por la izquierda les tiran piedras de la derecha. A los que se quedan en medio se las tiran de los dos lados.

EUSEBIO. - El señor lo decía: es la tragedia de nuestra época. . MATILDE. - Y a propósito de piedras, ¿por qué lleva vendada la cabeza?

EUSEBIO (quitándose el pañuelo). - Nada. La señorita Angelina.

MATILDE. - ¡Cómo! ¿Le ha tirado una piedra mi hermana? EUSEBIO. - Me ha dejado caer una maceta desde el balcón. MATILDE. - ¡Esa niña!... La pobre siempre ha sido algo nerviosa, pero ahora, con la llegada de esta señorita, se ha puesto imposible.

EUSEBIO. - Yo en su lugar no la dejaría sola un día como hoy. Primero dejó corriendo el agua del baño hasta que inundó la escalera; después puso la mayonesa en la comida de las gallinas... (Se oye dentro tararear, muy discutiblemente, "Los bosques de Viena".) Y ahora, ¿no le recuerda nada ese vals?

MATILDE. - Strauss. Bastante desafinado, pero Strauss. ¿Tiene algo de particular?

EUSEBIO. - Fuerte olor a catástrofe. El día que se subió a darle cuerda y se le cayó encima el reloj del comedor, ¿qué estaba cantando? Strauss. ¿Y cuando echó pólvora negra en la chimenea creyendo que era carbón? Strauss.

MATILDE (legítimamente inquieta). -- ¿Pero adónde quiere ir a parar? ¿Qué está haciendo ahora la señorita Angelina?

EUSEBIO. - Dijo que iba a limpiar la vajilla antigua.

MATILDE - ¿La isabelina? ¡Dios mío!... (Grita nerviosa.) ¡Angelina!

Se oye dentro un estruendo de cacharros. MATILDE se tapa los ojos.

EUSEBIO. - Era fatal. Ese señor Strauss no ha fallado nunca. Se abre la rentara y asoma ANGELINA.

MATILDE.- ¿Se ha salvado algo?

Angelina - Tranquila, querida; no ha sido más que el susto.

MATILDE. - ¿No era la isabelina?

ANGELINA. - La de plata. En un instante la recojo y la guardo en el armario.

MATILDE. - ¿Con la cristalería? No, por favor, no toques nada hoy ¡Sal con las manos en alto! (ANGELINA cierra.) Y usted, a la estación. ¡Pronto! ¿Recuerda el nombre?

Eusebio - Doctora Margarita Luján.

MATILDE. - Atiéndala como si fuera yo misma; pero si le hace alguna pregunta delicada, ya sabe; silencio absoluto. Eusebio - Pierda cuidado. Callarme es lo único que sé hacer bien. Lo aprendí con el señor.

Sale y a poco se oyen los cascabeles de un coche de caballos alejándose. Entra ANGELINA. Viste, ahora y siempre, absolutamente igual que su hermana.

MATILDE y ANGELINA

MATILDE. - Pero Angelina, hija, ¿cuándo vas a aprender a dominar esos nervios?

Angelina - Son estas dichosas manos; cuando me pongo así no sé qué hacer con ellas, como si me llenaran de hormigas. Matilde - Ahí tienes tu tricota; eso para ti es un calmante.

ANGELINA. - Esta vez no creo; la cosa es demasiado grave. (Se sienta y teje nerviosa.)

MATILDE. - Siempre es más terrible lo que se espera que lo que llega. Teje y piensa en otra cosa.

ANGELINA. - No puedo, Matilde, no puedo. Y cada minuto que pasa, peor. (Deja de tejer.) ¿Te das cuenta de lo que va a ocurrir cuando llegue esa pobre muchacha y sepa para qué la hemos llamado?

MATILDE. - Sin dramatizar. En primer lugar, no es una pobre muchacha: es una doctora, que conoce la vida. Y en segundo lugar, lo que va a encontrar aquí podrá ser un poco extraño, pero ni es una vergüenza ni tiene nada de espantoso.

Angelina - ¿Ah, te imaginas que se va a quedar tan tranquila, como si fuera lo más natural del mundo? MATILDE. - Tampoco digo yo tanto. Claro que la primera impresión será de miedo, y hasta es posible que trate salir corriendo. Pero al final será el corazón el que imponga, y aquí se quedará dispuesta a todo.

ANGELINA. - Ilusiones tuyas. Yo te juro que en cuanto se entere no se queda en esta casa ni un minuto.

MATILDE. - ¡Cómo se ve que no la conoces bien!

ANGELINA. - ¿Tú sí?

MATILDE. - Me basta con una carta. Ahí está bien claro que es un espíritu fuerte.

Angelina - También los otros eran fuertes y doctores; y sin embargo, ninguno resistió una semana.

MATTILDE. - Los otros eran unos pobres hombres. ¡Esta es una mujer!

ANGELINA. - Peor. Es una trampa indigna de nosotras traerla así engañada sin avisarle el peligro.

MATILDE. - Suficiente. Mi resolución está tomada y no admito discusiones.

ANGELINA. - ¿Es que yo no tengo derecho a opinar?-

MATILDE Tú eres menor.

ANGELINA. - ¿Menor?

MATILDE. - Menor que yo.

ANGELINA. - ¿Todavía? Eso estaba bien en el colegio, cuando yo tenía nueve años y tú catorce. Pero cinco años a estas alturas...

MATILDE (irreductible). - ¡Aunque fueran cinco minutos! Soy la hermana mayor, y no hay lentejas bastantes en el mundo para comprar mis derechos de primogenitura!

ANGELINA (levantándose y alzando el tono en un ensayo de rebeldía). - ¿Vas a salirme ahora con los Evangelios?

MATILDE (más fuerte). - ¡Es el Antiguo Testamento!

ANGELINA (desconcertada). - Ah. . , entonces está bien.

Se sienta y teje de nuevo. MATILDE vuelve al tono normal.

MATILDE. - No se trata solamente de los años, Además de la edad, yo tengo a mi favor la experiencia. Tú eres señorita.

Angelina - ¿Y tú no?

MATILDE. - Yo también, pero de otra manera. Ante Dios y ante la ley soy una señora con su partida de matrimonio legalizada.

ANGELINA. - Bah, un casamiento por poderes, con el mar entre las dos, y a los ocho días la muerte del novio sin llegar a verse ni una sola vez. Si a eso le llamas tú una experiencia...

MATILDE. - ¿Por qué no? Si mi pobre esposo no pudo dejarme una corta experiencia de casada, por lo menos me ha dejado una larga experiencia de viuda.

ANGELINA. - Y una hermosa renta para consolarte. Como matrimonio habrá sido una desgracia, pero como negocio... ¡Una semana en el cargo y cuarenta años de jubilación!

MATILDE. - ¡Angelina!

ANGELINA. - Perdona. (Teje. Pequeña pausa. Se oye en el comedor una campanada. ANGELINA mira sobresaltada hacia adentro y teje más deprisa.) Las diez y media. Los últimos minutos tranquilos. Dentro de poco... Tararam, raram... ¡pam-pam!

MATILDE. - ¡Por lo que más quieras, que Strauss no tiene culpa! ¿No puedes dejarlo en paz una vez siquiera?

ANGELINA. - ¿Y tú no puedes, una vez siquiera, volverte atrás? ¡Piensa En esa pobre mujer!

MATILDE. - Precisamente en ella estoy pensando. (Saca una carta del pecho y se cala los lentes.)' Aquí la tienes de cuerpo entero: una voluntad resuelta, una pasión generosa, una infancia trágica, y un ansia de liberación sin miedo a ningún peligro. ¡Es justo el tipo que necesitamos!

ANGELINA. - ¿Pero de dónde sacas todo eso? Yo he leído esa carta veinte veces y no recuerdo nada semejante. MATILDE. - Tú sólo miras lo que dicen las palabras. Lo importante es lo que dicen las letras.

ANGELINA. - Ah, ya: otra vez con tu grafología.

MATILDE. - No lo digas con ese tono superior. La grafología es una ciencia.

ANGELINA. - ¿Sí? A ver, ¿dónde está la voluntad? Deja su labor y estudian juntas la carta.

MATILDE. - Aquí. Mira esos renglones levantados al final como una rebelión.

ANGELINA. - A lo mejor tenía torcido el papel al escribir ¿Y la generosidad?

MATILDE. - Fíjate en la separación de las líneas. Una mujer que escribe así es de las que se dan enteras: o todo o nada.

ANGELINA. - ¿Significa algo también esta letra tan inclinada? Matilde - Treinta grados a la derecha. Es la pasión. Toda la zona del "Yo" volcándose hacia la zona del "TÚ".

ANGELINA. - Realmente, visto así es bonito. Pero en este caso puede ser peligroso.

MATILDE. - No tengas miedo. Por fuerte que sea la pasión, más fuerte es el espíritu de sacrificio. Si la condenaran afoso de los leones la verías morir hecha pedazos, pero sin una queja, con los ojos en alto... ¿Comprendes?

ANGELINA (impresionada). - Comprendo: "Fabiola o los mártires del cristianismo".

MATILDE. - Exactamente.

ANGELINA. - Lo que no veo por ninguna parte es esa tragedia Infantil.

MATILDE. - ¿Pero es que estás ciega? ¿No ves todas estas letras partidas en dos? Eso quiere decir que los padres están divorciados y toda su vida ha sido una lucha desgarrada entre el amor al padre y el amor a la madre.

ANGELINA. - ¡Pero eso es horrible, Matilde! MATILDE. - ¡Horrible, Angelina! ¿Comprendes porqué la he elegido a ella precisamente? Sólo una mujer así puede salvar esta casa.

ANGELINA. - ¿Y si te falla la grafología?

MATILDE. - Imposible Mira esa firma grande y sin rúbrica "Margarita". Fíjate en esa barra de la "t" como un latigazo y en ese punto de la "i" alto como una oración. Si yo no supiera nada de esa mujer, me bastarían esta barra y este punto para entregarme a ella con los ojos cerrados.

ANGELINA (suspira). - Ojalá no tengamos que arrepentirnos

MATILDE. - ¿Dudas de mí?

ANGELINA. - Recuerdo cuando me leías las rayas de la mano ahora por así,

Siempre me pronosticaste una boda feliz, una casa llena de hijos y una vida llena de viajes. Y mira el resultado: ni un solo viaje, un sobrino a medias y solterona por los siglos de los siglos.

MATILDE (digna, quitándose los lentes y guardando la carta). - Yo no me equivoco nunca, Angelina. Las rayas de tu mano son las que estaban equivocadas.

Entra el señor ROLDÁN, administrador. Un zorro profesional con polvo de folios amarillos.

MATILDE, ANGELINA y ROLDÁN

ROLDÁN -(grandes aspavientos). - No puede ser, no puede ser, no puede ser. ¡Díganme ahora mismo que no puede ser!

MATILDE (hostil desde el primer momento). - No sé a qué se refiere, pero si a usted le parece imposible puede estar seguro de que es verdad.

ROLDÁN. - ¿De manera que es cierto?¿Una desconocida metida en esta casa?

ANGELINA. - Pierda cuidado; mi hermana la conoce como si hubieran ido juntas al colegio.

ROLDÁN. - ¿Pero es que han perdido el sentido de la responsabilidad? ¿Le han advertido de qué se trata a esa señora?

ANGELINA. - Señorita

Roldán. - ¿Señorita? ¡Ah, pero entonces el escándalo va a ser mucho peor! ¿Les parece decente proponer una cosa así a una señorita?

MATILDE. - No pretenderá darnos lecciones de moral.

ROLDÁN. - De moral, no; pero si me hubieran consultado podría darles un buen consejo.

MATILDE. - Es inútil. Este es un asunto de familia y usted no es más que un administrador. Desde ahora, cada cual a su puesto.

ANGELINA. - ¡Muy bien, Matilde! MATILDE. - Gracias, Angelina.

ROLDÁN. (cede terreno). - Está bien. ¿Es por lo menos mujer respetable?

ANGELINA. - Según a lo que usted llame, respetable.

ROLDÁN. - Una edad, por ejemplo.

MATILDE. - De eso ya tenemos nosotras de sobra.

ROLDÁN. - Una experiencia profesional.

MATILDE. - Es doctora con cuatro títulos.

ROLDÁN. - Una firmeza de carácter, una voluntad...

ANGELINA. - ¿Voluntad? Si usted se hubiera fijado barra de la "t" no diría tonterías.

MATILDE. - ¡Muy bien, Angelina!

ANGELINA. - Gracias, Matilde.

ROLDÁN. - Ya veo, lo de siempre: ustedes sólo se ponen de acuerdo contra mí. Pero cuando se trata de una vida no se puede jugar. ¡Hay rara estos casos un consejo de familia!

MATILDE. - El consejo ya se ha reunido y ha acordado por mayoría que sí.

ROLDÁN. - ¿Qué consejo?

MATILDE. - Nosotras. Cuando mi hermana y yo discutimos, la mayoría soy yo.

ROLDÁN. - En fin, allá ustedes. Por lo visto, en esta casa la locura es una enfermedad contagiosa

Angelina (saltando). ¡Alto ahí! ¿Qué ha querido decir con esas palabras torcidos?

MATILDE (lo mismo). - ¿Pretende insinuar que nuestro hermano murió loco?

ROLDÁN (retrocede). - No soy yo quien puede afirmarlo. Pero no creo que ningún hombre normal hubiera hecho con su hijo lo que hizo él con el suyo.

MATILDE (enérgica. avanzando). - ¡Basta! Si mi pobre hermano sufrió lo que sufrió, usted sabe mejor que nadie de quién fue la culpa. ¿Necesito recordarle el nombre de aquella mala mujer?

ANGELINA. - Por favor, déjense de historias viejas. Lo único que importa ahora es ese niño inocente.

Matilde ¡Por eso mismo! El niño es nuestro y no tolero que nadie se meta en su vida más que nosotras ROLDÁN. - ¿No tengo yo ningún derecho? Al fin y al cabo, si ustedes son las hermanas del padre, yo soy el hermano de la madre.

MATILDE (terminante). - ¡Ni una palabra más! ¡La única familia aquí es la nuestra!, ¿lo oye bien?, ¡la nuestra! (Rencorosa.) De la de la madre, por mucho que a usted le duela, será mejor no hablar. ¿Entendido?

ROLDÁN (encogiéndose). - Entendido. Ustedes tienen un barril de dinamita y ahora se empeñan en traer un fósforo. Perfectamente. Por mi parte, me lavo las manos.

MATILDE (seca). - Hace usted muy bien. Un administrador con las manos sucias no sería correcto.

ROLDÁN. - ¡Un momento, señora! ¡Indirectas, no! ¡Mis cuentas están claras y a sus órdenes!

Se oyen cascabeles acercándose.

ANGELINA. - Silencio... ¡El fósforo!. Quiero decir, el coche

ROLDÁN. - ¿Ella?

ANGELINA. - Ella. (Teje velozmente.)

Roldán. - En ese caso supongo que mi presencia es ya perfectamente inútil, ¿verdad?

MATILDE. - Le felicito. Es la idea más brillante que ha tenido usted en estos últimos cuarenta años ROLDÁN. - Gracias. Siempre tan amable. Cascabeles más cerca.

ANGELINA. - ¿Puedo retirarme yo también?

MATILDE. - Tú, jamás. ¡Por fin ha llegado el gran momento! (Se estira los puños enfrentando la verja y levanta los ojos al cielo.) Señor, hágase tu voluntad. (Volviéndose bruscamente a su hermana, que se ha extraviado otra vez en "Los bosques de Viena".) ¡Sin música, Angelina! ¡De pie! Los cascabeles se detienen ante la verja. Entra Eusebio con el equipaje, conduciendo a MARGARITA: una joven universitaria de belleza fresca; vestida con la más simple elegancia natural. Seguramente ha leído muchos libros y no ha visto nunca un toro, pero tiene la inteligencia suficiente para que no se le note demasiado ninguna de las dos cosas.

Dichos, MARGARITA y Eusebio

Eusebio. (señalando vagamente). - La señora. ..., la otra señora..., el señor...

MARGA. - Buenos días a todos.

MATILDE - Bienvenida a esta casa, señorita Luján. Mi hermana Angelina.

MARGA. - Encantada.

MATILDE. - El señor Roldán, nuestro administrador.

ROLDÁN. - Mucho gusto.

MATILDE. - En cuanto a mí, considero inútil toda presentación ¿Me permite que la mire un momento más cerca?

MARGA. - ¿Por qué no?

Avanza. MATILDE se cala sus lentes y la contempla largamente en silencio. Frunce el ceño.

MATILDE. - Es extraño. Llevo una semana esperándola y nunca me la había imaginado así.

MARGA. - ¿Así... cómo?

MATILDE. - Así; tan joven, tan atractiva...Una verdadera muchacha.

MARGA. - Muy amable. En todo caso, espero que eso no será un inconveniente para mi trabajo.

MATILDE. - Quién sabe. También la imaginaba animosa y resuelta pero no tanto.

MARGA. - Perdón. ¿He hecho algo atrevido?

MATILDE. - He estado mirándola de frente con todas mis fuerzas y no he podido hacerle bajar los ojos ni un instante.

MARGA. - Es mérito suyo, señora. Mientras usted miraba mis ojos yo miraba los suyos, y no he visto en ellos más que un gran corazón.

MATILDE. - Gracias. ¿Quiere darme la mano?

MARGA. - Con mucho gusto. (Se la estrecha.)

MATILDE. - No está mal. Un poco fuerte, quizá; pero no está mal. (Sonríe al fin.) Me parece que acabaremos siendo buenas amigas.

MARGA. - Por mi parte, desde ahora mismo.

Angelina (a Eusebio, que está inmóvil). - ¿Qué espera? ¿Por qué no sube el equipaje de la señorita?

EUSEBIO. - Por si no hacía falta. A lo mejor no se queda,¿y para qué andar subiendo y bajando?

Matilde -- ¿Le ha pedido nadie su opinión? Súbalo inmediatamente.

Eusebio - Disculpen. (Entra en la casa con el equipaje.)

ROLDÁN. - Eusebio puede tener razón. Diplomáticamente la escena ha empezado muy bien; pero me gustaría ver el final.

MATILDE - No pienso darle ese gusto. ¿No tiene nada urgente que hacer en su despacho?

ROLDÁN. - Permítame por lo menos un consejo. (Mira su reloj.) Señorita Luján: son las once menos cinco a las once cuarenta pasa un tren de vuelta. ¡Tómelo!

Sale con la mayor dignidad por la derecha, donde se supone el pabellón. MARGARITA le mira salir sorprendida.

MARGARITA, MATILDE y ANGELINA

MARGA. - No parece muy optimista el señor.

MATILDE. - No hay que hacerle caso. Es de esos hombres que, a fuerza de estar entre números, ha llegado a pensar que en la vida dos y dos son siempre cuatro. Un pobre diablo. ¿Quiere sentarse?

MARGA. - Si no les parece mal, me gustaría antes que nada conocer al niño.

MATILDE. - Después. Primero tengo que hacerle unas preguntas. Quizá le parezcan algo extrañas, pero le ruego que me conteste sin vacilar.

MARGA. - Diga.

Se sientan primero las tías; luego Margarita frente a ellas, como en un examen.

MATILDE saca la carta y mira a MARGARITA fijamente.

MATILDE. - A quién quería usted más, ¿a su padre o a su madre?

MARGA. - ¿Cómo?

MATILDE. - Conteste sin pensarlo.

MARGA. - Realmente es un problema que no he tenido ocasión de plantearme nunca.

ANGELINA. - ¿Nunca? ¿Ni cuando ellos se divorciaron? MARGA. - ¿Pero quién ha hablado de divorcio? Mis padres se adoraban y murieron juntos cuando yo era niña.

Matilde - ¡No es posible! MARGA. - ¡Puedo jurárselo! ANGELINA. - No hace falta; con su palabra bastó.

Matilde - No me explico el error, pero admitámoslo. Otra cuestión fundamental. Si usted hubiera vivido bajo el imperio de Nerón y la hubieran condenado al circo, ¿cuál habría sido su actitud?

MARGA. - No comprendo... ¿Es un juego?

ANGELINA. - Conteste, por favor.

MATILDE Imagínese la escena; ahí las gradas del paganismo borracho de sangre cristiana...

ANGELINA. - Usted ahí, arrodillada en la arena, con su túnica blanca...

MATILDE- - Las puertas se abren..., los leones avanzan...¿Qué habría hecho usted?

MARGA. - No SÉ... Supongo que lo mismo que harían ustedes en mi caso.

Matilde (con entusiasmo de mártir). - ¡Muy bien dicho!

MARGA. - Echar a correr gritando como una loca, ¿no? Matilde (de pie, ofendida). - ¡Ah, eso sí que no! ¡Usted no tiene derecho a hacerme eso, señorita!

MARGA (levantándose también inquieta). - Perdón, señora, pero estoy empezando a sospechar que hay aquí alguna confusión. ¿Es usted la señora Matilde Saldaña?

MATILDE. - La misma.

LIARGA. - ¿La que me ha escrito ofreciéndome un puesto en esta casa?

MATILDE. - Exacto. Y ésta es su contestación.

Marga - Entonces, ¿a qué vienen estas preguntas absurdas? Yo he sido llamada para encargarme de la educación de un niño huérfano, ¿no es así?

ANGELINA. - Así es.

MARGA. - ¿Dónde está el niño?

MATILDE. - Ahora vendrá. Ha salido al monte con la escopeta.

MARGA (sorprendida). - ¡Con la escopeta! ¿él solo?

ANGELINA. - Con Bernardo y Fermín.

MARGA. - Menos mal. ¿Dos criados?

ANGELINA. - Dos perros.

MARGA. - ¡Pero no puede ser! ¿Es que yo me he vuelto loca? (Mira inquieta a las dos y retrocede.) ¡O es que ustedes. ...!

MATILDE. - Tranquilícese. Nosotras tampoco.

Marga - ¿Y les parece bien dejar así a una criatura sola, con una escopeta?

Matilde - El padre era un gran cazador y lo acostumbró a la pólvora desde que nació. Por ese lado no hay peligro.

Angelina - Lo grave ha empezado ahora, al quedarse huérfano. ¡Tiene que ayudarnos a salvar esa vida inocente!

Marga - ¿Su vida? Pero yo no soy doctora en medicina. Soy una simple maestra.

Matilde -Por ahí hay que empezar. Primero habrá que enseñarle a leer y a escribir. Después, los libros. Y después, todo ese misterio que es la vida.

MARGA. - ¿Tan atrasado está?

ANGELINA. - Una página en blanco. Criado en la montaña, es eso que se llama un chico natural, ¿comprende?

MARGA, tranquilizada, vuelve a sentarse.

MARGA. - Comprendo, señora, comprendo. Y ahora me explico este refugio en el campo, y. tanto secreto. ¡Un chico natural!... ¿Suyo?

ANGELINA (ruborizada). - ¡Yo soy una señorita!

Marga - Perdón. ¿Suyo?

MATILDE. - Tampoco. Yo, aunque viuda, soy señorita también.

Marga - No entiendo.

Angelina - Cosas de la vida. Mi hermana estuvo casada ocho días... pero no llegó a ejercer

MARGA. - En resumen, ¿puedo saber de quién es ese hijo natural?

Matilde -¿Quién le ha dicho que sea un hijo natural?

MARGA. - Si no he entendido mal, ustedes ahora mismo.

MATILDE - Mi hermana ha dicho "natural" como lo contrario de artificial. "Natural", como producto de la Naturaleza. ¿Está claro?

MARGA (impaciente). - De acuerdo, señora; pero, por muy natural que sea, no se lo habrán encontrado en un árbol. Habrá tenido un padre y una madre.

Angelina - Eso sí. Su padre era nuestro pobre hermano.

MARGA. - ¿Y su madre?

MATILDE. - ¿Es necesario hablar de ella?

MARGA. - Si ustedes lo prefieren, no. ¿Muerta también?

MATILDE. - También. El mar se encargó de castigarla.

ANGELINA. - Es doloroso, pero a usted no debemos ocultárselo. Era una mujer indigna.

MARGA. - Basta. Sé respetar la intimidad de la familia.

MATILDE. - Gracias.

MARGA. - ¿Y cuál es el problema especial de ese chico, que las tiene tan preocupadas?

ANGELINA. - Lo primero, ya le hemos dicho: una ignorancia total.

MARGA. - Sí, sí, ya sé: leer, escribir, los libros... Hasta ahí todo es normal. ¿Y después?

Matilde - Después, el carácter. ¡No se lo imagina usted! Indomable y peligroso como el mismo diablo. ¡Un rebelde!

MARGA. - No importa; a eso ya estoy acostumbrada. ¿Ha tenido otros antes que yo?

ANGELINA. -.Tres hombres. Tres fracasos.

MATILDE. - El primero trató de amansarlo por la dulzura, y renunció a los cuatro días. El segundo quiso atraerlo por la razón y duró una semana.

ANGELINA, - El tercero se empeñó en dominarlo por la fuerza, y ahí empezó la tragedia. ¿Ve aquella ventana alta del pabellón? Por allí lo tiró.

MARGA. - ¡No lo puedo creer! ¿Que el profesor tiró al niño por la ventana?

ANGELINA. - El niño al profesor.

MARGA (desfallecida). - Un momento, un momento, que estoy empezando a marearme. De manera que el niño tiró al profesor por aquella ventana...: Pero entonces, ¿cuántos años tiene esa criatura?

Matilde (natural). - Veinticuatro.

MARGA (se levanta de un salto). - ¿¡Cómo!? (Aprieta los párpados y se pasa la mano por los ojos dominándose.) Perdón, señora..., creo que no he entendido bien. ¿Ha dicho cuatro años?

Matilde - Veinticuatro. MARGARITA se tambalea un instante. Se apoya en un respaldo.

Angelina. - Tararam, tararam, tararam... ¡Pam-pam!

MARGA (reacciona al fin). - ¿Y para esto me han traído aquí? (Mira rápida su reloj.) ¿A qué hora ha dicho el administrador que pasaba el tren de vuelta?

Matilde - ¡No nos deje así!

Angelina - ¡Escuche, por lo que más quiera!

MARGA. - ¿Les parece que no he oído bastante ya? ¡Esto es una burla intolerable! (Grita.) ¡Mi equipaje! ¡Pronto!)

Las dos hermanas la rodean suplicantes.

MATILDE. - Espere por lo menos a conocerle antes de resolver.

MARGA. - ¿Para qué? ¿Qué puede ser un hombre que ha llegado a sus años sin aprender a leer ni escribir? ¿Un enfermo? ¿Un retardado?

MATILDE. - Al contrario: ¡una inteligencia como una luz!

MARGA. - ¿Entonces, qué? ¿Un salvaje?

ANGELINA. - No es suya la culpa. El padre se empeñó en educarlo así.

MATILDE. - Solo con él en la montaña, lejos de todo y de todos. Es una historia triste.

MARGA. - Lo siento, pero yo no he venido a escuchar historias por tristes que sean.

Dichos y Eusebio

Eusebio (apareciendo). - El equipaje. Se oye lejos un disparo.

ANGELINA. - ¿Lo oye? ¡Qué rico! Es su manera de saludar.

MATILDE. - ¡Piense que está en sus manos la salvación de esa vida!

MARGA. - ¿Aquella nube de polvo que viene a galope disparando desde el caballo? Muchas gracias, señora; pero para esto no se llama a una maestra: se llama a una domadora. (Toma resuelta una maleta.) ¡Vamos!

MATILDE (cerrándole el paso). - No, por favor, quédese un día..., ¡un día sólo!

ANGELINA. - ¡Una hora siquiera! ¡Usted no tiene derecho a privarnos del gran momento que hemos soñado tantas veces!

MARGA. - ¿Pero a qué gran momento se refieren?

MATILDE. - Al encuentro. ¿No se da cuenta? ¡Ese muchacho no ha visto nunca a una mujer joven y hermosa como usted..., como él!

MARGA. - ¡Ah! ¿Y les parece una noticia tranquilizadora para mí? ¿Se imaginan lo que puede ocurrir aquí dentro de un minuto?

ANGELINA. - ¡Lo más Hermoso! ¡Lo que quizá no ha presenciado nadie en la historia del mundo! ...

MATILDE. - ¡El hombre que ve por primera vez a una mujer, y cae de rodillas como un salvaje que viera por primera vez salir el sol!

El galope se acerca. Se oye un nuevo disparo, el ladrar de los perros y los gritos de Pablo azuzándolos.

ANGELINA. - ¡Ahí está!

Gritos - ¡Aijá..., aijalá..., cobra, cobra..., aijáaaa...!

MARGA (aterrada). - ¡Los perros, no... Por Dios, los perros, no ...!

Eusebio (sale corriendo a detenerlos). - ¡Quieto, Bernardo! ¡Aquí, Fermín! ¡Quietos!

Pequeña pausa con un relincho, ladridos y las voces de Eusebio calmando a los perros. Voz DE PABLO. - Cuidado con el pequeño, Eusebio. ¡Esa maldita me lo ha alcanzado hasta la garganta! en la ¡Traidora hasta el final!

Entra PABLO como una tromba, radiante de salud, de fuerza y de alegría. Chaquetón de pana, camisa abierta, revuelto el cabello sudoroso y botas de montar. Canana, escopeta y zurrón.

MATILDE, ANGELINA, MARGARITA y PABLO .

PABLO. - ¡Hurra, tía Matilde! ¡Hurra, tía Angelina! Tres horas a caballo detrás de esa hija de Satanás, pero por fin cayó (Abraza a una y a otra alzándolas en vilo y dándoles vueltas.) ¡Hurráaaa!

ANGELINA. - ¿Quién? ¿Quién cayó?

PABLO. - ¡La loba parda! Catorce ovejas me costó, y la primera sangre del cachorro. ¡Pero ya es mía! ¡Ahora la piel, para colgar a la puerta! (Tira por lo alto la canana, que MATILDE recoge en el aire.) ¡Las patas, para mangos de cuchillos! (Tira el zurrón, que recoge ANGELINA.) Y las tripas, para cuerdas de guitarra. (Tira la escopeta, que recoge asustada MARGARITA.) ¡Aijá.. — aijalálalálalá...! Si hubieran visto al cachorro... (Dándose cuenta de pronto de la presencia de MARGARITA, cambia bruscamente el tono, señalándola con el pulgar.) ¿Quién es ésta?

MATILDE. - La señorita Margarita Luján.

MARGA (temblando, sin voz). - Mucho gusto, señor.

PABLO (con un gruñido, sin hacerle el menor caso). - Hola, (Vuelve a su entusiasmo

dirigiéndose a las tías y de espaldas a Margarita.)

¡Si hubieran visto al cachorro! Fue al amanecer, en la Cañada de Serrantina. ¡No hizo más que ventear el rastro y todos los pelos se le pusieron de punta como alfileres calientes! Después... (Se detiene, la misma transición.) ¿Qué viene ésta a hacer aquí?

MATILDE. - La señorita Luján es tu nueva maestra. PABLO. - ¡No! ¿Una maestra, esto?

ANGELINA. - Un poco de educación, Pablo. Es una grosería llamarle "esto" a una doctora.

PABLO. - ¡Ajá! ¿Conque doctorcitas a mí? (La toma de un brazo con fuerza haciéndola avanzar.) Ven acá. ¿Ves aquella ventana alta del pabellón?

MARGA. - Sí, sí, no se moleste ya me lo han contado.

PABLO. - ¿Ah sí? Pues si quieres estar en paz conmigo, ya lo sabes: de hombre a hombre. Y nada de esos trucos idiotas de mayúsculas y minúsculas y punto y coma. (Volviendo a su historia.) ¡Qué momento! Estaba empezando a amanecer. No hizo el cachorro más que ventear el rastro...

Matilde - No nos interesan ahora tus perros ni tu loba parda. La señorita ha venido para ocuparse de ti. PABLO. - ¿La he llamado yo?

ANGELINA. - Podías estar un poco más amable con ella. Decirle algo.

PABLO. - ¿Qué, por ejemplo?

ANGELINA. - ¡Qué sé yo! ¿La has mirado bien? PABLO. - ¿Tiene algo raro?

MATILDE. - Tú dirás. Mírala.

PABLO (la mira largamente dando vueltas a su alrededor). - Psé... No está mal. ¡Un poco flaca, eh!

MATILDE. - ¡Pablo!

MARGA. - Déjele, señora. Comprendo perfectamente... y es mejor así.

Angelina. - ¿Pero qué va a pensar de ti la señorita? ¿Te has fijado bien en sus ojos?

PABLO. - ¡Cómo no! ¡Tiene dos!

Dichos y Eusebio un momento

Eusebio. -- Señorito Pablo, señorito Pablo. Bernardo sigue perdiendo sangre. Tiene un zarpazo en la -garganta.

PABLO.. - Voy ahora mismo. Prepara unas buenas friegas de salmuera.

Sale EUSEBIO.

MATILDE. - Para eso basta Eusebio. ¿No puedes dejar en paz a tus perros y atender a la señorita?

PABLO. - No veo por qué. A ella no le pasa nada, y en cambio el cachorro está sangrando.

MARGA. - El señor tiene razón. Atienda, atienda a lo suyo. Yo puedo esperar.

Pablo - En seguida vuelvo. (Va a salir. Se DETIENE) ¿vas quedarte a almorzar?

MARGA. - No lo sé todavía. Si usted quiere; como te llamas?

PABLO. - A mi me es .. completamente igual la mesa es grande de sobra. ¿Cómo

MARGA. - Margarita.

PABLO. - Muy largo. Si quieres quedarte aquí te llamarás Marga.

MARGA. - ¿Es un capricho?

PABLO. - Nada de caprichos. Si tú estás en aquel monte y tengo que llamarte, ¿cómo quieres que diga? ¿"Margarita"? Los nombres largos no sirven para gritar. Los cortos, sí. (Hace bocina con las manos y lanza un grito hacia el monte como un relincho.) ¡¡"Margáaaa...!! ¿De acuerdo?

Marga. - Como usted disponga.

PABLO. - Así me gusta; las mujeres, obedientes. (Sonríe mirándola de arriba abajo.) Hasta luego, flaca. (Sale.)

MATILDE. - Tiene que perdonarle. El pobre está sin educar completamente.

MARGA (inmóvil, siguiéndole con la mirada). - Es increíble... Maravillosamente increíble...

ANGELINA. - Un poco bruto, ¿verdad?

MARGA. - Habría que encontrar otra palabra. También es brutal una paloma

MATILDE. - ¿Le ha dado miedo?

MARGA. - Al contrario: nunca me ha tranquilizado tanto una mirada de hombre.

ANGELINA. - Entonces, ¿por qué se ha puesto pálida?

MARGA. - Porque es el fracaso más hermoso que he sentido en mi vida. El salvaje ha visto por primera vez salir el sol, y no ha caído de rodillas. Esta vez es el sol el que ha visto un milagro. (Se vuelve.) ¿Cómo ha podido llegar al hombre con unos ojos tan limpios?

MATILDE. - Son veinte años allá arriba, en una casa de montaña, sin ver a nadie más que al padre.

MARGA. - ¿Pero, por qué hizo eso el padre? ¿Es que había perdido el juicio?

Las dos hermanas se miran y bajan la cabeza.

MATILDE. - Sí, señorita, sí. A nadie le hubiera permitido esa palabra, pero esa es la triste verdad.

MARGA. - ¿Un loco. . . ?

MATILDE. - Pero no un loco como dicen los médicos. Loco como se vuelve un hombre cuando se ha entregado entero a una mujer y se ve traicionado.

aNGELINA - Loco de desesperación y de celos. Loco de amor.

Marga. - ¿Y ella?

ANGELINA - Ella era una mala cabeza, llena de novelas y de fantasías. Si él hubiera podido alcanzarlos, quizá se habrían perdido tres vidas en vez de una razón. Pero cuando lo supo ya estaban lejos.

MATILDE: - Cuatro semanas estuvo ahí encerrado, destruyendo todo lo que pudiera recordársela; rompiendo cartas y retratos, desgarrando sus vestidos con los dientes, destrozando sus libros. Sobre todo sus libros, como si fueran los, culpables.

ANGELINA. - No se imagina lo QUE son treinta noches, oyendo llorar a un hombre grande, con una sola palabra repetida como un grito de fiebre: "¡Adelaida...- Adelaida... Adelaida ...!"

MATILDE. - Una madrugada el grito dejó de resonar por fin y le oímos subir como un ladrón a robar al niño dormido. MARGA. - ¿No pudieron impedirlo?

matilde - Imposible. "¡Mi hijo es mío sólo!", decía. "Vivirá limpio, sin mujeres y sin libros. Será un animal salvaje, pero un animal feliz." Quizá en el fondo no estaba loco del todo.

MARGA. - Comprendo el arrebato del primer momento. ¡Pero veinte años! ¿Cómo no han reclamado a ese hijo por la ley?

ANGELINA. - El padre era más fuerte que ninguna ley. Habría sido capaz de matarse con él antes que entregarlo.

Matilde. - Ahora la vieja historia terminó. Ese muchacho. va a enfrentar su vida de hombre, y hay que prepararlo como si acabara de nacer.

MARGA. – Demasiada responsabilidad.¿Creen que yo puedo hacer algo?

Matilde. - Toda nuestra fe está en sus manos. ¡Inténtelo por lo menos!

ANGELINA. - Y pronto ya vuelve. ¡Dénos una esperanza, que siquiera!

MARGA. - Quién sabe... (Sonríe.) El peligro no siempre es un freno; también puede ser una tentación.

MATILDE. - ¿Por qué se sonríe así? ¿Se está burlando de nosotras?

MARGA. - No; estaba pensando que aquello que me dijeron al llegar, quizá no es tan disparatado como parecía. "Yo arrodillada, con mi túnica blanca..., las puertas se abren..., el león avanza..." (Repentinamente resuelta.) ¡Déjenme sola con él!

LAS Dos. - ¡Gracias, señorita, gracias ...!

MATILDE. - ¿Podemos subir el equipaje?

MARGA. - Súbanlo.

MATILDE. - ¿Qué te dije? No podía haber duda: ¡es la barra de la "t", Angelina!

ANGELINA. - Y el punto, Matilde; ¡el punto alto!

Salen gozosas con el equipaje. MARGA se sienta de espaldas fingiendo leer con gran atención.

Pablo aparece mordiendo una manzana, se respalda contra el árbol y la mira largamente en silencio. La llama con un silbidito, sin resultado. Repite el juego. Entonces se mete dos dedos en la boca y lanza un silbido estridente de pastor. MARGA se levanta de un salto, sobresaltada.

MARGA y PABLO

MARGA. - Disculpe... Estaba tan entretenida leyendo...

PABLO. - Mientes. Me sentiste llegar perfectamente, y además, estabas mirando con el rabillo del ojo. Conmigo, juego limpio, y si no... (Castañetea los dedos.)

MARGA. - Tiene usted razón. La verdades que no sabía cómo empezar. ¿Era grave lo del cachorro?

PABLO. - Al cachorro no lo has visto en tu vida ni te importa un cuerno. ¿Por qué preguntas eso?

MARGA. - Porque sé que le interesa a usted. ¿Era grave?

PABLO. - Nada; le he frotado bien la herida con sal y vinagre, y ya está como nuevo.

MARGA. - Pero le habrá dolido mucho.

PABLO. - Naturalmente. Y a mí también.

MARGA. - Sin embargo, no le he oído quejarse. PABLO. -

¿Para qué? Los animales mueren o se curan, pero no se quejan. Vete aprendiendo eso. (Muerde su manzana y. luego se la tiende.) ¿Quieres?

MARGA. - No, gracias. Después, a la hora de comer.

PABLO. - La hora de comer es cuando se tiene hambre. ¿Tú no tienes hambre?

MARGA. - Pocas veces.

PABLO. - Así estás tú, que no tienes más que ojos. Va a haber que cuidarte a ti también, aunque te duela. (Se sienta a su lado en el suelo, mirándola burlón, mientras se quita las espuelas.) Bueno, bueno, bueno. De manera que muy calladita, muy modosita, y así como el que no quiere la cosa, maestríta, ¿eh?

MARGA. - Es mi profesión. ¿Le parece mal?

PABLO. - Será mejor poner las cosas claras desde el principio. A los maestros les gusta demasiado mandar, y aquí eso no marcha. Aquí el que manda soy yo.

MARGA. - Podríamos llegar a un acuerdo.

PABLO. - ¿Cuál?

MARGA. - No mandar ninguno de los dos. Podríamos ser dos buenos amigos.

PABLO. - Mal negocio. Los amigos tienen que ser iguales y mirarse de frente. Tú bajas los ojos cuando yo te miro, y además eres mujer.

MARGA. - ¿Es algo malo ser mujer?

PABLO. - Mi padre decía que sí. Y él sabía siempre lo que decía.

Marga. - También yo podría decir lo mismo de los hombres, pero no seríamos justos ninguno de los dos. ¿No se siente usted demasiado solo?

PABLO. - Por lo pronto, no vuelvas a tratarme de usted. Yo he sido siempre "tú" - ¿lo oyes? "Tú" - Cuando oigo decir "usted" me parece que están hablando con otro-

MARGA. - Como tú quieras.

PABLO. - Así suena mejor (Le da una palmada amistosa en la rodilla mientras se levanta.)

MARGA. - ¿No crees que con un poco de voluntad podríamos llegar a ser buenos amigos?

PABLO. - No me fío. También los otros maestros empezaban lo mismo; mucha sonrisita, mucho pasarte la mano por el lomo, y en cuanto te descuidas, izas!, la gramática. ¡Vas a contarme a mí!

MARGA. - Yo no pretendo enseñarte nada que no quieras aprender. Sólo trato de acompañarte.

PABLO. - La soledad no es mala; y ya estoy acostumbrado. MARGA. - Antes era distinto; tenías a tu padre.

PABLO. - Eso sí; con él no hacía falta más. Ahora los días empiezan a hacerse demasiado largos-

MARGA. - Y antes, de pequeño, ¿no has tenido ningún compañero?

Pablo. - Una compañera. Rosina. Tenía ojos verdes, igual que tú.

MARGA. - ¿Una niña?

PABLO. - Una corza. Vivía todo el año con nosotros, mansa como una cabrita, hasta que llegaba la primavera.

MARGA. - ¿Y en primavera no?

PABLO. - ¿No sabes lo que pasa allá arriba en primavera? MARGA. - No he estado nunca en la montaña.

PABLO. - Los animales se llenan de fiebre oliendo el aire caliente, y se les pone una mirada tan humana que en esa época está prohibido matarlos. Entonces Rosina saltaba la cerca y corría hacia el bosque, sin volver la cabeza.

MARGA. - Comprendo.

PABLO. - ¡Qué vas a comprender tú, infeliz, si no has visto nada en tu vida! (Soñador.) ¡Eran hermosas aquellas noches de luna oyendo bramar a los machos como una queja, o peleándose a muerte en los peñascos! Después, cuando Rosina volvía, nunca volvía sola. Venía mansita otra vez, y se recostaba junto al fuego lamiendo a su cría, con los ojos fijos, como recordando. (Ligera pausa-) ¿Cuántos hijos tienes tú?

MARGA (sorprendida de pronto). -- ¿Yo? Ninguno. PABLO. - ¡Qué raro! ¿Y por qué?

MARGA- - Las mujeres tenemos que saber esperar-

PABLO. - Sin embargo, ya eres bastante grande. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

MARGA. - En la Universidad, estudiando-

PABLO. - ¿En primavera también?

MARGA- - ¡Para nosotras la primavera no es una razón! Si yo lo creyera así, todos dirían que era una mala mujer-

PABLO. - Es curioso. Rosina lo hacía todos los años, y nunca se nos ocurrió pensar que era

una mala corza.

MARGA (sonríe)- - Ya lo irás entendiendo. Hasta ahora hemos vivido en dos mundos completamente distintos. Eso es todo-

PABLO. - Y te han traído aquí para arrancarme del mío, ¿verdad? ¿Crees que puedes enseñarme algo que valga la mitad de lo que he visto yo?

MARGA. - ¿Quién sabe? También en los libros pueden caber muchas cosas hermosas.

PABLO (tomando uno de la mesa)- - ¿Aquí dentro? Me gustaría verlo. Este, por ejemplo, ¿qué es?

MARGA. - Alguna novela de tus tías.

PABLO (lo abre al azar). - A ver; lee en voz alta.

MARGA. - "La condesa lloraba amargamente en el ala izquierda del castillo ...".

PABLO. - No me interesan las condesas lloronas ni el ala izquierda de los castillos. (Tira el libro y le entrega otro.) ¿Y éste?

MARGA. - Los bárbaros- Caída del Imperio romano de Occidente.

PABLO. - ¿Cuándo se ha caído eso?

MARGA. - Hace mil quinientos años.

PABLO. - ¿Y no han tenido tiempo de levantarlo otra vez? (Lo tira.) A paseo el Imperio romano de Occidente. Y van dos. ¿De qué trata este otro?

MARGA. - Son versos.

PABLO. - ¿Versos? ¿Y eso qué es?

MARGA. - No se puede explicar. ¿Quieres oír?

PABLO. - Dale. (Se sienta de un salto en la mesa con las piernas cruzadas.)

MARGA. - ¿No estarías más cómodo aquí abajo sentado en esa silla?

PABLO. - Si estuviera más cómodo ahí abajo ya lo habría hecho. ¿O crees que soy tonto? ¡Dale!

MARGA (lee en voz alta y clara). -

"¿Qué es esto?, dijo un niño mostrándome la yerba. ¿Y qué podía responderle yo?

Porque tampoco yo sé decir lo que es la yerba. Tal vez es la bandera del amor

tejida con un verde de esperanza;

quizá un regalo que alguien perfumó... o tal vez un pañuelo para todos

que ha dejado caer sobre la tierra Dios". (Pausa.) ¿Qué? ¿No dices nada?

PABLO. - Es extraño. No lo he entendido bien, pero he visto algo de repente, así como un relámpago... (Baja de la mesa.) ¿Dónde dice todo eso?

MARGA. - Ahí.

PABLO. - ¿Aquí? ¿Quién lo ha escrito?

MARGA. - Un gran poeta. Walt Whitman. ¿Te gusta?

PABLO. - No lo sé todavía. ¿Quieres repetirlo más despacio? (Se sienta a sus pies, apoyado, en sus rodillas, con una naturalidad que ella no puede rechazar pero que la desasosiega.)

MARGA. - ¿Necesitas estar tan cerca para oír?

PABLO. - ¿Te hago daño?

MARGA. - No. Pero... no quisiera hacértelo yo a

PABLO. - Por mí no te preocupes. Lee otra vez.

MARGA dice nuevamente el poema, esta vez sin mirar libro. PABLO repite como un eco algunos versos, casi sin voz. MARGA. - "¿Qué es esto?, dijo un niño mostrándome la yerba.

¿Y qué podía responderle yo? Porque tampoco yo sé decir. lo que es la yerba...

Pablo. - Porque tampoco yo sé decir lo que es la yerba... MARGA. - Tal vez es la bandera del amor, tejida con un verde de esperanza; quizá un regalo que alguien perfumó... PABLO. - ...Quizá un regalo que alguien perfumó... MARGA. - O tal vez un pañuelo para todos...

Los nos. - Que ha dejado caer sobre la tierra Dios". (Nueva pausa.)

MARGA. - ¿Lo has entendido ahora?

PABLO. - Ahora creo que sí. (Se levanta tomando el libro.) No era ningún imbécil el tipo éste, ¡eh! Habla de las cosas pequeñas como si fueran grandes; y además tiene el valor de la verdad.

MARGA. - ¿Por qué lo dices?

PABLO. - Porque yo conozco la yerba desde que nací; la he respirado toda mi vida, he llegado hasta morderla con mis dientes... y sin embargo, "tampoco yo sabría decir lo que es la yerba". (Hojea el libro como un horizonte desconocido.) ¿Es así todo el libro?

marga- Todo. La Tierra y el Hombre frente a frente. PABLO. - Estoy seguro de que a mi padre le hubiera gustado. ¿A ti también?

MARGA. - -Lo he leído cien veces. Es como un amigo. PABLO. - Entonces, ¿qué le vamos a hacer...? (Un poco como vencido.) Aprenderé a leer.

MARGA. - Gracias, Pablo.

PABLO. - ¡Un momento! ¿Este libro tiene mayúsculas?

Marga (sonríe). - Ninguna, estate tranquilo. Los poetas verdaderos no las necesitan.

PABLO. - Mejor. (Deja el libro en la mesa con respeto. Luego tiende una silla y cabalga sobre ella.)

MARGA. - ¿Sabes que estás adelantando mucho en poco tiempo?

PABLO. - ¿Por...?

MARGA. - Por la manera de sentarte. Todavía no es así, pero por lo menos ya es una silla... ¡Felicitaciones!

PABLO. - No te sonrías tanto, que la partida no ha terminado todavía. Te dejaré enseñarme a leer, pero de escribir ¡ni hablar!

MARGA. - ¿Por qué no?

Pablo. - ¿Podrías enseñarme este libro?

MARGA. - No, así seguro que no.

PABLO. - Y si no se escribe así, ¿vale la pena escribir?

MARGA. - Puede ser útil. Es una manera de hablarse la gente desde lejos. ¿Recuerdas lo que me dijiste antes? Si yo estuviera en aquella montaña me llamarías gritando: "¡Mar-gáaa!". Pero si estuviera veinte montañas más allá, ¿de qué te serviría gritar?

PABLO. - Iría a buscarte a caballo.

MARGA. - Y si en lugar de veinte montañas estuviera veinte países más allá, al otro lado del mar, ¿de qué te serviría el caballo?

PABLO (la mira inquieto). - ¿Qué quieres decir? ¿Es que piensas marcharte?

MARGA. - Hoy, quizá no; pero puede ser mañana. Algún día tendrá que ser.

PABLO (ronco). - Entonces, ¿por qué has venido? Si de marcharte es mejor ahora, ¡ahora mismo! MARGA. - Entiéndeme, Pablo, no se trata de eso. Te pregunto simplemente: si yo estuviera muy lejos y quisieras llamarme, serían inútiles el grito y el caballo... Tendrías que escribirme, ¿no?

PABLO. - Contesta tú primero. Si estuvieras en el fin mundo y yo te escribiera llamándote, ¿vendrías? MARGA. - ¡Quién puede saberlo!

PABLO. - Contesta, Marga. Vendrías, ¿sí o no?

MARGA (le mira largamente. Baja los ojos y la voz). Vendría.

PABLO. - Entonces, está bien: enséñame a escribir.

MARGA. - Gracias otra vez. ¿Quieres que empecemos ya?

PABLO (pasea agitado). - No; ahora, no. Son demasiadas cosas nuevas para un día solo.

MARGA. - ¿Prefieres que hablemos de las tuyas?

PABLO. - ¿Cuáles?

MARGA. - Tu vida en la montaña. ..., tu padre...

PABLO. - Eso sí; de mi padre me estaría hablando toda la vida sin cansarme.

MARGA. - ¿Tanto le admirabas?

PABLO (vuelve a su lado). - Tendrías que haberle conocido. Alto, fuerte, hermoso, con la verdad siempre en la boca como la brasa de un cigarro. Cuando se lanzaba al galope, hasta los caballos más bravos le temblaban entre las espuelas. Pero después, junto al fuego, contaba historias prodigiosas, y me enseñaba el canto de los pájaros.

MARGA. - ¿Pero puede aprenderse el idioma de los pájaros?

Pablo. - Es muy fácil: no tienen más que cuatro palabras; una para el peligro, otra para la

comida, otra para desafiarse los machos y otra para llamar a la hembra. ¿Para qué quieren más?

MARGA. - ¿Y tu padre lo sabía?

Pablo. - ¡Mi padre lo sabía todo! Lo que no comprendo, ahora que te conozco, es por qué tenía tanto odio a las mujeres.

Marga. - ¿Nunca te habló de eso?

PABLO. - Nunca. A veces iban algunos -amigos a cazar con nosotros; entonces bebían vino y empezaban a hablar de mujeres... Pero en cuanto mi padre las oía nombrar soltaba una palabra dura y redonda como un puñetazo. Las tías dicen que es una palabra fea, que no se debe repetir. ¿La digo?

MARGA. - No, no hace falta; la imagino.

PABLO. - Después me hacía montar con él y galopábamos juntos horas y horas, como si llevara dentro una fuerza terrible que tuviera que derrochar. Hasta que se ponía el sol y caíamos rendidos en el pasto... ¿Cómo le llamaba ese poeta a la yerba?

MARGA. - El pañuelo de Dios.

PABLO. - Pues así—. (Se tiende en el suelo.) ... tumbados a escribir como el que hizo boca arriba en el pañuelo de Dios, viendo llegar la noche. Entonces mi padre me iba diciendo en voz alta los nombres de las estrellas: Aldebarán, la Perla, Andrómeda, las Tres Marías... De repente se le cortaba el aliento como si no pudiera seguir, y decía otro nombre, muy bajo, muy bajo: "Adelaida". (Se incorpora de pronto.) ¿Hay alguna estrella que se llame Adelaida?

Marga (conmovida; escondiendo el rostro). - No sé, Pablo, seguramente sí.

PABLO. - Entonces, si no es más que una, estrella, ¿por qué se le cortaba el aliento a mi padre cuando decía «Adelaida»? Tú, que has estudiado tanto, ¿no puedes contestarme eso?

MARGA. - No sé..., suelta.

PABLO (tomándola fuertemente de los brazos). - ¡No, así no! ¡De frente! (La obliga a mirar. Baja la voz.) Pero, ¿qué te pasa, Marga? Estás llorando... ¿Te he hecho yo algo malo?

MARGA. - Al contrario. (Se levanta) Estaba pensando que la vida puede ser mucho más hermosa de lo que yo creía. Y que soy una pobre maestra bien estúpida, que he venido aquí pretendiendo enseñar... y que no sé ni curar a un cachorro, ni el lenguaje de los pájaros, ni los nombres de las estrellas.

PABLO. - ¡júrame que era eso sólo!

MARGA. - ¡Te lo juro! Y ahora, déjame Es mi primer día al aire libre y estoy aturdida de sol.

PABLO. - Demasiado calor, ¿verdad? ¿Sabes nadar?

MARGA. - Apenas. ¿Por qué?

PABLO. - El río está a cinco minutos de aquí. ¿Vamos?

MARGA. - No, gracias. En primer lugar, el agua debe estar fría como un témpano.

PABLO. - Naturalmente. No pretenderás que yo me bañe en agua caliente como las tías. ¿Y en segundo lugar?

MARGA. - En segundo lugar, no he traído malla de baño.

Pablo. - ¿Para qué?

MARGA. - Para vestirme. ¡No voy a bañarme desnuda!

PABLO. - Ah, pero tú, para meterte en el agua... ¿te vistes? No se me hubiera ocurrido nunca.

MARGA. - Es la costumbre de allá abajo..

PABLO. - ¿Y por qué no puedes bañarte desnuda? ¿No eres joven, sana, hermosa?...

MARGA. - Aunque así fuera. No es por mí; es por ti.

PABLO. - Ajá. ¿De manera que ahora resulta que el que sobra en el río soy yo?

MARGA. - Es otra cosa, que ya irás aprendiendo tú solo. Anda, ve Hasta luego, Pablo.

Se dirige a la casa. Se oye en las bardas de la izquierda el canto de un pájaro.

PABLO. - Espera. ¿Oyes?

MARGA (escucha un instante). - Maravilloso. ¿Un ruiseñor?

PABLO. - ¿Un ruiseñor? ¿Pero, qué demonios te han enseñado a ti en la Universidad? Es un jilguero.

MARGA. - ¿Y...?

PABLO. - ¿Sabes lo que está diciendo? Escucha.

MARGA (inquieta). -. No, por favor..., ¡no me digas que ese pájaro está hablando contigo, porque me caigo redonda aquí mismo!

PABLO. - Calla... (Escucha y comenta sorprendido.) No puede ser...

MARGA (mirando a uno y otro, sin voz,). - Pero tú lo entiendes... ¿de verdad?

PABLO. - Perfectamente. Lo que no comprendo es por qué. No es época todavía. (Calla el pájaro.) Y sin embargo, este calor de repente..., este aire cargado... (Se abre la camisa desasosegado. Respira hondo.) ¿A qué huele aquí?

MARGA. - No sé... Esas ramas, quizá.

PABLO (se acerca). - ¡Almendros en flor! (Radiante.) ¡Pero ese jilguero tenía razón! ¡Ya está aquí la primavera, Marga!

MARGA. - ¿La primavera, ya? (Retrocede inquieta.)

PABLO. - ¡Ahora comprendo este nudo en la garganta... y esa fuerza de los ojos!

MARGA. - ¿Qué ojos?

PABLO. - Los tuyos. Antes no quise decírtelo por orgullo,¿sabes? ¡Pero nunca había visto

nada tan hermoso (Avanza fascinado y ronco.) ¡Déjame mirarlos más de cerca!

MARGA (refugiándose detrás de la mesa). - Gracias, Pablo; pero vete al río ahora mismo. ¡Un buen baño frío va a sentarte muy bien!

PABLO - No, ahora, ya no. ¡Si vamos al río será juntos! (Avanza resuelto.)

MARGA (casi en un grito). - ¡Por favor, Pablo, que aquí no estamos en el bosque!

Trata de huir hacia la casa. Él le cierra el paso, de un salto.

PABLO. - ¡Quieta!

!MARGA. - ¡No me obligues a gritar!

PABLO. - ¡Quieta, digo! (La estrecha violentamente tapándole la boca con la suya hasta dominarla. Después la aparta bruscamente.) Ahora grita si quieres. ¡Pero aprende que aquí el que manda es el hombre! (Tirando su chaquetón contra el suelo y empezando a arrancarse la camisa.) ¡En el río te espero!

Sale. Ella le sigue hasta el centro de la escena llevándose a la boca el dorso de la mano.

MARGA - ¡Bruto ..! ¡Bruto. ..! Salen las dos tías, aterradas.

MARGA, MATILDE, ANGELINA

ANGELINA. - No tiene nada que decirnos, señorita. Lo hemos visto todo.

MATILDE. - ¡El muy salvaje! ¡Atreverse a besarla a la fuerza!

MARGA (-sin volverse, mirando en la dirección del río). - No, a besar no ha aprendido todavía... ¡Me ha mordido!

MATILDE. -- ¿La ha mordido? ¡Ay, Dios mío de mi alma!... (Cae sin fuerzas en un sillón.) ¡Angelina...!

Angelina. - No me digas más. (Llama en voz alta.) ¡Eusebio; el equipaje de la señorita!

MARGA. - De ninguna manera. ¡Ahora es cuando me quedo!

MATILDE. - ¿No...?

MARGA - No sé si tendré algo que enseñar aquí... ¡pero tengo tanto que aprender! (Se oye otra vez el pájaro. MARGA se vuelve hacia él.) Si, hijo, sí, ya sé ... ¡La primavera!

.ANGELINA. - Pero, ¿con quién está hablando? Con el jilguero.

Se oye retumbar lejos el grito montaraz de PABLO. - ¡Margáaaa...!

MARGA radiante, alza la mano saludando y contesta en el tono.

MarGA - ¡Pa-blóooo.. .l

Se quita la chaquetilla de viaje, que tira al suelo como él, y sale corriendo hacia el río, El jilguero sigue cantando con toda la sorna jovial de esos pájaros campesinos, que han visto tanto.

Acto segundo

Interior de la casa, tiempo después. Al fondo, galería de cristales sobre el jardín, que corresponde al porche del acto anterior visto desde dentro. A la derecha arranca la escalera de gruesos barandales, y en primer término, chimenea de piedra con útiles de cobre. A la izquierda, puerta en primer término y vestíbulo en el segundo.

Maderas patinadas y terciopelos rojos. Toda la casa sugiere la agreste virilidad del padre, suavizada por los bordados, los arambeles y la ternura de las tías.

Son las últimas horas de una tarde de otoño. Tía Angelina, sentada ante una mesa llena de libros, cuerpos geométricos y apuntes al carbón, revisa encantada dibujos y cuadernos, oyendo al señor ROLDÁN con la tranquila amabilidad de quien oye llover. El señor ROLDÁN pasea agitado declamando.

ANGELINA y ROLDÁN

ROLDÁN. - ¡Ah, eso sí que no! ¡hasta ahí podíamos llegar! Uno es capaz de comprender y disculpar muchas cosas. Demasiadas. Pero para soportar esto haría falta toda la paciencia franciscana de un benedictino, y yo no tengo vocación de mártir. ¿Me oye?

ANGELINA (cortésmente). - Encantada. Creo que se ha hecho usted un pequeño lío con los benedictinos, los franciscanos y los mártires; pero en cuestiones religiosas yo soy muy tolerante. Siga, siga. (Toma otro cuaderno.)

ROLDÁN. - Estaba diciendo que si mi opinión ya no significa nada en esta casa tendré que presentar mi dimisión. ¿Qué otra salida puede tener una dignidad ofendida? ¡Sólo la dimisión)

ANGELINA. - Sí, señor. ¡Muy bien!

ROLDÁN. - Señorita Angelina. ¿Me está oyendo, sí o no?

ANGELINA. - Perdón. ¿Decía usted...?

ROLDÁN. - Debí figurármelo. Hace media hora que le estoy presentando mi dimisión; pero, ¿para qué? Cuando tiene delante los cuadernos de "su niño" ni una explosión de grisú le haría volver la cabeza.

ANGELINA (atiende un momento). - ¿Qué me cuenta? ¿Ha habido en la casa alguna explosión de grisú?

ROLDÁN. - Hasta ahora, no; pero si las cosas siguen así, no me extrañaría nada que la hubiera cualquier día.

ANGELINA. - Vamos, vamos, no hay que exagerar. Pablo podrá ser todo lo rebelde que usted quiera, pero no me negará que es un muchacho encantador.

ROLDÁN. - ¿Le parece encantador entrar a caballo en mi despacho?

Angelina. - ¿No me diga...? ¡Es de diablo!.

ROLDÁN. - ¿Y le parece manera de llamarme, cuando estoy durmiendo la siesta, tirar piedras a mis ventanas? ¡Ya no queda un cristal sano en todo el pabellón!

ANGELINA. - ¿Sí? ¡Qué rico! Tiene que comprenderlo; son todas las cosas que no pudo hacer de chico y que se le han quedado dentro. Usted mismo, cuando era niño, ¿no tiraba piedras a los cristales?

ROLDÁN- - Es posible, señora. Pero yo, cuando era niño, no tenía veinticuatro años. ¡Y si fueran solos los cristales!

ANGELINA. - ¿Hay algo más?

ROLDÁN, - Todo; esos gritos montaraces de pastor, esa falta de respeto a las personas sensatas, y sobre todo esa manera terrible de decir siempre lo que piensa.

ANGELINA. - Eso sí; es un vicio que no hay manera de quitarle. Cuando habla de usted no conseguimos que diga el señor administrador". Siempre dice: "ese viejo zorro".

ROLDÁN, - ¡Ahí voy yo! ¿Por qué ese odio contra mí?

ANGELINA (embebida en su cuaderno). - ¡Es maravilloso

ROLDÁN - ¿Ah, le parece?

ANGELINA. - Las cosas que se le ocurren, y esta manera tan suya de decirlas. Y la letra, ¿se ha fijado? Es la misma de ella, pero con la mano de un hombre. Dígame. ¿Europa es con minúscula?

ROLDÁN. - Con mayúscula.

ANGELINA. - Me lo estaba temiendo. Y América también, ¿verdad?

ROLDÁN. - Naturalmente. ¿Por qué va a ser América menos que Europa?

ANGELINA. - Es curioso: todas las cosas grandes las escribe con minúscula y en cambio "Mujer" siempre con mayúscula. ¿Se da cuenta de lo que significa esto?

ROLDÁN. - ¡Cómo no! Tres faltas de ortografía.

ANGELINA. -. De ortografía, quizá; pero, ¡qué galantería natural!

ROLDÁN. - Era lo que me faltaba oír. Ese energúmeno, ¡un ejemplo de galantería! ¿Cree que así como está se le puede presentar en sociedad?

ANGELINA. - Ya habrá tiempo; lo que importa ahora es el alma; el smoking vendrá después.

ROLDÁN. - Es decir, ¿que le parece bien esa educación que se le está dando, siempre de acuerdo con sus caprichos?

ANGELINA. - ¿Y por qué no si es feliz así? ¿No está usted de acuerdo con los métodos de la señorita Luján? ¿O es que tiene algo personal contra ella?

ROLDÁN. - Los hechos, simplemente. Hace ocho meses que esa señorita entró en esta casa, ¿y cuál es el resultado? Pablo sigue tan 'bárbaro como el primer día. Ella, en cambio, es la que ha aprendido a manejar la escopeta y a pescar truchas a mano debajo del agua. ¿Quién está educando a quién?

ANGELINA. - La señorita Luján conoce su profesión y sabe perfectamente lo que está haciendo. Si quiere un buen consejo, no se meta en territorio ajeno y vuélvase a sus números.

ROLDÁN, - Mis números ya tampoco son míos. También mi territorio ha sido invadido.

ANGELINA.- ¿Por la señorita?

ROLDÁN. - Por ese salvaje. De algún tiempo acá no hace más que revolver mi escritorio, revisando carpetas y tomando notas. ¿Puede saberse qué es lo que anda buscando?

ANGELINA (sonríe maliciosa). - Ah, vamos, ahora comprendo. Ese pobre "salvaje", que ha sido capaz de aprender en ocho meses lo que a usted le costó media vida, anda revisando sus cuentas... y naturalmente, a usted le ha entrado un miedo espantoso. ¿No es así?

ROLDÁN. - Mire, señora: mi paciencia no tiene límites, pero mi dignidad, sí. Si he perdido su confianza lo sentiré mucho pero me veré obligado a presentar ahora mismo y con carácter irrevocable...

ANGELINA. - Sí, sí, ya sé: su dimisión Siempre que habla de su dimisión me lo dice a mí. ¿Por qué no se lo dice a mi hermana?

ROLDÁN (secando el sudor de su noble frente). - No es lo mismo. Su hermana me odia, y sería capaz de olvidar, en un minuto veinte años de sacrificios.

Entra tía MATILDE, del jardín, con unas mimosas que arregla en un jarrón mientras habla.

ANGELINA, ROLDÁN y MATILDE

Matilde - Buenas tardes. ¿Qué, discutiendo, como siempre?

ROLDÁN. - Al contrario. La señorita Angelina y yo estamos de acuerdo en todo.

Angelina - En todo, no. El señor Roldán no está muy conforme con la educación de Pablo.

MATILDE. - ¿Le parece que ha aprendido poco en ocho meses?

ROLDÁN. - De libros, sí. ¡Demasiado! Pero socialmente ya es otra cosa. ¿Se lo imaginan en una reunión de señoras, o en un palco de la ópera? ¡Sería como un caballo suelto en una cacharrería!

MATILDE. - ¡Un caballo! ¡Le exijo retirar inmediatamente esa palabra!

ROLDÁN. - No es mía. Es de su propia maestra

MATILDE. - La señorita Luján no dijo un caballo. ¡Dijo un centauro!

ROLDÁN. - Es igual. Para mí un centauro no es más que un caballo con literatura.

ANGELINA. - Tiene usted unas ideas muy personales sobre la mitología. Según eso, ¿se atrevería a sostener que una sirena es una merluza con literatura?

ROLDÁN. - Yo no tengo por qué entender de mitología. Pero ya que han hablado de sirenas, mucho cuidado con ellas; son unos peces peligrosos, y en este caso es una gran fortuna lo que hay en el anzuelo.

MATILDE. - Sin palabras turbias. ¿Me hace el favor de aclarar ahora mismo esa historia de pesca?

ROLDÁN (erizándose como gato acorralado). - Con mucho gusto: es una fábula que cabe en sólo dos preguntas. ¿Quién manda en esta casa? Pablo: un irresponsable. ¿Y quién

manda en Pablo? Ella: una mujer que nadie sabe de dónde ha salido. ¿Necesito decirle además la moraleja?

Matilde (furiosa, empuñando un jarrón). - ¡La moraleja se la voy a decir yo sin palabras!

Levanta el jarrón, Angelina la detiene espantada. angelina - ¡Ese no, Matilde, que es de la abuela; matilde - ¿El de la abuela, éste? (Se domina con esfuerzo.) Señor Roldán: agradezca a Dios estos dos grandes favores: que yo no he nacido hombre... y que el jarrón es de Sévres. Puede retirarse.

Va a dejar el jarrón amorosamente. Entra Eusebio, del vestíbulo.

Dichos y EUSEBIO

eusebio - Señora; el señor Roldán acaba de llegar. Está encerrando el coche.

MATILDE (sorprendida). - ¿El señor Roldán? ¿Qué señor Roldán?

EUSEBIO. - Su sobrino.

MATILDE. - ¡Mi sobrino! ¿Qué sobrino?

eusebio - El hijo del señor.

ANGELINA. - Acabáramos. El señor Roldán" júnior", como diría la reina Victoria.

MATILDE. - ¿Qué reina Victoria?

angelina - La de Inglaterra, Matilde..

MATILDE. - ¡Ajá!... ¿De manera que usted se permite invitar huéspedes a mi casa sin consultarme?

ROLDÁN. - Le juro que tampoco yo le esperaba Le he escrito hace tiempo, pero andaba de viaje y ésta es su primera contestación.

MATILDE. - Está bien. (Victoriana.) Que pase el señor Roldán "junior". (Sale EUSEBIO.) Supongo que viniendo de esa otra rama de la familia no tratarán de dar a esta visita ningún carácter íntimo.

ROLDÁN. - Ni hace falta. Cuestión de intereses simplemente. Recuerde que mi hijo es el abogado de la casa.

MATILDE. - Cierto. Se me había olvidado ese detalle. El padre el administrador, y el hijo, el abogado. Se habían repartido el terreno estratégicamente, ¿eh?

Entra JULIO ROLDÁN. Todavía joven y elegante, pero ya con la sonrisa visiblemente falsa.

MATIL DE, ANGELINA, ROLDÁN y JULIO

Julio - ¡Magnífico! Después de tantos barcos y hoteles, ¡el Julio y la familia otra vez! (Abraza al padre, que está más cerca.) ¿Qué tal esas fuerzas?

ROLDÁN. - Tirando, hijo, tirando.

Julio. - Querida tía Angelina. ¿Siempre sonriente y joven? (La abraza y la besa sonoramente.)

ANGELINA. - Gracias, julio.

JULIO. - ¡Tía Matilde!

Le tiende la mano. Ella retira ostensiblemente la suya.

MATILDE. - Sin el parentesco. Con Matilde, basta. Y "señora Saldaña", mejor.

JULIO. - ¿Todavía esos viejos resentimientos? ¿Pero hasta cuándo?

MATILDE. - Por mí hasta siempre. Si Pablo quiere reconocerle como de la familia, allá él. Yo puedo romperme, pero doblarme no.

ANGELINA - ¡Por favor!, después de todo, los muchachos son primos, ¿y qué culpa tienen ellos de nada?

MATILDE. - Basta. Estás hablando demasiado.

ANGELINA - ¡Pero si apenas he dicho cuatro palabras!

MATILDE. - Cuando tú dices cuatro palabras, siempre sobran tres. (A Julio.) En cuanto al capítulo de cortesía, cuanto menos diálogo, mejor. "Usted ha hecho un viaje maravilloso. No se ha olvidado de nosotros ni un momento mi salud es perfecta". Gracias, joven.

JULIO. - Francamente no esperaba esto. Creí que al llegar aquí venía a una casa mía.

MATILDE. - Eso, Pablo dirá, Por mi parte, lamento no poder acompañarles a la mesa, pero estoy segura de que esta noche voy a tener una jaqueca atroz.

ANGELINA. - ¿Y YO? ¿También a mí tiene que dolerme la cabeza?

MATILDE. - A ti, el hígado; te va mejor. Señor administrador. Señor abogado... Vamos, pequeña.

Sube dignamente con su hermana. Julio las mira salir mientras comenta sordamente y enciende un cigarrillo.

ROLDÁN y JULIO

Julio - ¡Tarasca ridícula! Algún día seré yo el que esté sentado aquí dentro, y tú a la puerta. (Se vuelve.) Parece que las cosas se presentan duras por acá.

ROLDÁN. - Más de lo que te imaginas. ¿Recibiste mi carta? JULIO. - Eso fue lo' que me extrañó. ¿Por qué tanta urgencia? ¡No irás a decirme que te dan miedo esas dos solteronas estúpidas!

ROLDÁN. - Ellas, no. El que se está volviendo peligroso es él. Julio. - ¿Pablo? ¿Un salvaje que no sabe ni escribir su nombre?

ROLDÁN (melancólico). - ¡Ay, hijo mío!, eso era antes; en los buenos tiempos. Ahora le pones el código en la mane y al día siguiente te lo dice entero, al derecho y al revés. JULIO. - No será tanto. ¿Crees que sospecha algo?

ROLDÁN. -- Por si acaso. Con el padre loco y el hijo hecho una bestia nos confiamos demasiado, y ahora hay que revisarlo todo a fondo: las escrituras, la hipoteca, las firmas del padre...

. - Sin nervios. Todo está en forma perfectamente legal

ROLDÁN. - Por encima, sí; pero veinte años en la montaña dejan un olfato de perro, y ya anda escarbando a ver lo que hay debajo.

Julio. - Lo que importa ahora no es ese imbécil. Es ella

ROLDÁN. - ¿Ella?, ¿quién?

Julio. - Esa maestrita caída del cielo. Según los datos de tu carta no puede haber duda: Margarita Luján, una chica sola, la Universidad...

ROLDÁN. - ¿La conoces?

JULIO. - Hemos sido buenos compañeros. Recuerdo lo que le costó terminar sus estudios; siempre sin un céntimo.

ROLDÁN. - Por ese lado no te hagas ilusiones. Una mujer así no se compra con dinero. Es demasiado orgullosa.

JULIO. - Cuando yo la conocí, muchas noches tenía que acostarse sin tomar un café... y entonces no era tan orgullosa. Déjala por mi cuenta. ¿Cuándo vence el último plazo?

Se oyen al fondo lejanos ladridos de perros.

ROLDÁN. - Silencio; ahí está Pablo. Vamos a mi escritorio.

Julio (saliendo con el padre por el vestíbulo). - Margarita. Luján Todavía la estoy viendo: tenía unos hermosos ojos verdes... ¡Margarita Luján!...

Un momento la escena sola. Los ladridos se acercan. Se oye un silbido y luego la voz de MARGA calmando a los perros.

Voz DE MARGA. - ¡Aquí, Fermín! Quieto, cachorro..., quieto... ¡Así!

La puerta del fondo se abre de golpe y entra MARGA, que cierra inmediatamente detrás de sí; los ladridos van calmándose fuera. Respira alegremente fatigada de haber corrido. Trae, en la mano una fruta, que muerde como PABLO en el acto anterior.

Se quita del hombro la escopeta, y la tira sin mirar sobre un sillón. Se acerca a la mesa y sentada en el borde, repasa por encima cuadernos y dibujos cobrando aliento. De vez en cuando un gesto de asombro y una exclamación de maestra satisfecha. Comienza a corregir, silbando entre dientes mientras hace su trabajo. De pronto, mira en torno como temiendo ser vista, se mete dos dedos en la boca trata de silbar estridentemente sin conseguirlo. Lo ensaya otra vez.

MARGA sola. En seguida, ANGELINA

MARGA. - Es inútil; esto no lo aprenderé nunca.

Sigue corrigiendo y mordiendo su fruta. En la escalera aparece tía ANGELINA.

ANGELINA. - ¿Usted sola?

MARGA. - Buenas tardes, Angelina.

ANGELINA (bajando). -Creí que era él el que llegaba con los perros. ¿Ya no les tiene usted miedo?

MARGA. - Ahora somos grandes amigos. Hemos estado en la laguna disparando a los patos.

ANGELINA. - ¿Y Pablo?

MARGA. - Encerrado en la, biblioteca, estudiando. (Cierra el cuaderno y se acerca confidencial.) ¿Habló con tía Matilde?

ANGELINA. - Traté de convencerla, pero ya la conoce. Ella sigue pensando que lo mejor sería no hablarle de su madre nunca.

MARGA. - Antes era posible. Pero ahora, sabe que una madre es algo más que una palabra olvidada. Quiere saber quién fue la suya, y no tenemos derecho a seguir negádoselo.

ANGELINA. - ¡No se le habrá ocurrido que podemos decirle la verdad!

MARGA. - Eso es precisamente lo que trato de evitar; que a fuerza de ocultársela acabe sospechándola. ¿Cómo vamos a explicarle que no quede en toda la casa nada suyo?

ANGELINA - ¿Ha vuelto a preguntarle?

MARGA. - Siempre. Necesita tener entre las manos algo que ella haya tocado con las suyas; un recuerdo, por pequeño que sea. Tiene que ayudarme, Angelina.

ANGELINA. - He estado revolviendo todos los armarios, los baúles viejos...

MARGA. -- ¿Y no encontró nada?

ANGELINA. - Pequeñeces: un cofre japonés, una caja de música, y un medallón con un retrato.

MARGA. - ¿De ella?

ANGELINA - Con él cuando tenía cuatro años.

MARGA. - Pero eso es un tesoro. ¿Puedo decírselo a Pablo? ANGELINA. - ¿Sin permiso de Matilde?

MARGA. - Por esta vez, atrévase. No se puede ser tan humilde.

ANGELINA. - No es humildad, hija; en el fondo es comodidad. Yo nací para obedecer, que es lo más tranquilo. Mi hermana, en cambio, es de esas mujeres qué han nacido para mandar. Lo que pasa es que sólo estuvo casada ocho días, y no tuvo tiempo de demostrarlo.

Se oye dentro el grito de PABLO llamando. GRITO. - ¡Mar-gáaa...!

MARGA (contesta igual). - ¡Pa-blóoo...! (Rápida, acompañándola.) Tráigame todo, por favor.

ANGELINA - ¿Y si Matilde se entera?

MARGA. - Vaya tranquila. Yo soy la responsable.

Tía ANGELINA desaparece por la escalera al mismo tiempo que entra PABLO por primera izquierda 'con un Libro Mayor y varios menores, pero radiante y jovial como siempre.

Diálogo rapidísimo y a tono brillante, como si se hablaran desde lejos.

MARGA y PABLO

PABLO. - ¿Dónde ha estado mi capitana estos cuarenta siglos últimos?

MARGA. - ¡Corriendo por el monte con Bernardo y Fermín! PABLO. - ¿Buena cacería?

MARGA. - El cachorro alcanzó una liebre a la carrera. PABLO. - ¡Bravo! Diez puntos al cachorro. ¿Contenta? MARGA.- ¡Feliz! Me he metido en la sangre todo el aire

del bosque y traigo un hambre feroz. PABLO. - Muy bien. ¡Cuadro de honor!

MARGA. - ¡Gracias, maestro! (Se dan la mano fuertemente, restallando las palmas. El diálogo va tomando poco a poco un tono normal.) ¿Y tú?

PABLO. - Yo he estado estudiando cinco horas seguidas, traigo la cabeza hinchada y he perdido "completamente el apetito.

MARGA. - Entonces todo va bien; cada cual en su puesto. ¿últimas novedades?

PABLO (dejando los libros sobre la mesa). - Dos libros nuevos y este cuaderno cazado en el escritorio del administrador. (Abre el Libro Mayor, que revisa mientras sigue el diálogo.)

MARGA. - ¿Interesante el tema?

PABLO. - Apasionante. "Balance general. Debe y Haber".

MARGA. - ¿Tanto te gustan los números?

PABLO. - Son como los perros; a veces muerden, pero siempre fieles. Un momento: tú me enseñaste primero a sumar y después a restar, ¿no?

MARGA. - Es el orden natural. ¿Por qué?

PABLO. - Porque me parece que a este viejo zorro le han enseñado al revés. (Dobla la pagina y tira el libro sobre la mesa.) Ya nos veremos las caras, compañero.

MARGA. - Y los libros, ¿qué tal?

PABLO. - De todo un poco. Lo que no he podido terminar es esta novela tan absurda. Mucho cambiar de personajes, pero siempre los mismos trucos, los mismos robos, los mismos crímenes...

MARGA. - ¿Qué novela?

PABLO. - Esta. La Historia Universal. ¿A ti te gusta la Historia?

MARGA. - Regular. ¿Y a ti?

PABLO., - Demasiada memoria y ninguna imaginación. Este otro sí me ha interesado de verdad.

MARGA (mirando el libro). - ¡Ajá! ¡La vida es sueño!

PABLO. - Ahora comprendo por qué a veces mi padre me llamaba Segismundo. Un gran tipo ese Segismundo ¿eh? (Sentándose en una silla, pero al revés.) ¿Tú has visto representar esa obra alguna vez?

MARGA. - Una noche inolvidable; siendo estudiante.

PABLO (soñador). - Me gustará ir contigo a un teatro y salir luego del brazo... Ver las calles iluminadas, las fuentes echando el agua hacia arriba... ¡Debe de ser maravilloso!

MARGA - Todavía es pronto para eso. Más adelante.

PABLO (levantándose resuelto). - ¿Y por qué no ahora mismo?

MARGA. - Los hombres de allí abajo son otra cosa. Serían capaces de reírse de ti.

PABLO. - ¿Reírse de mí? ¿Por qué?

MARGA. - Allí los imbéciles siempre se ríen de los inteligentes. Es su venganza.

PABLO. - Pues conmigo TENDRÍAN que pensarlo dos veces. ¿Ves este puño? Al primero que se atreviera. : .

Marga. - Por eso mismo no puedes ir todavía.

PABLO. - Ya estoy harto de esperar. Si tú no quieres venir me iré yo solo.

MARGA. - Escucha, Pablo. ¿Tienes fe en mí? PABLO. - En ti toda.

Marga. - Entonces, espera Te lo pido yo. (Viendo volver a tía ANGELINA.) Hoy vas a tener algo más importante que ver fuentes y calles iluminadas

PABLO. - ¿Qué?

MARGA. - Tía Angelina te dirá.

PABLO, MARGA y ANGELINA

ANGELINA. - Son los recuerdos de tu madre. Lo único que he podido encontrar.

PABLO mira los objetos con una profunda emoción, sin atreverse a tocarlos.

PABLO. - ¿Esto era de mi madre...? ¿Esto lo ha tenido ella en sus manos?

ANGELINA. - Son cosas viejas, sin ningún valor. ¡Pero ella las quería tanto!

PABLO. ¿Qué es esto?

ANGELINA- Su caja de música. No hay más que apretar aquí. La caja de música deja oír su voz de cristales pueriles.

PABLO la toma en sus manos. La mira deslumbrado, escuchando.

PABLO. - ¿Mi madre escuchaba esta música..?

MARGA: - Cuando se sentía sola leyendo...:, cuando entraba a despertarte.

PABLO: - ¡Pero esto es un milagro, Marga! Es como oírla a ella misma, es como verla por primera vez, sentada ahí con su libro, pensando... (Deja con íntimo respeto la caja de música, que sigue sonando sobre la mesa hasta agotar la cuerda.) ¿Y eso otro?

Angelina. - Nada, un juguete japonés de aquella época. Se toca un resorte y de la caja grande sale otra más pequeña, y luego, otra y otra...: Un juguete tonto que no he entendido nunca:

MARGA. - Seguramente lo compró para ti:

PABLO. - ¿Y ese medallón? (Deja el cofre:) ¿Quién es esta mujer?

Angelina. - Ella: Contigo, hace veinte años:

PABLO: - ¡Conmigo! ¡Mírala, Marga! (Con una alegría casi gritada.) ¡Juntos..., juntos!

Se aprieta el medallón contra el pecho: Las dos mujeres se miran conmovidas:

ANGELINA. - Prefieres que te dejemos solo, ¿verdad? PABLO: - Sí, por favor::: Tú, no, Marga: Perdóname, tía, pero con ella es como estar conmigo mismo, ¿comprendes? Angelina. - Comprendo, hijo, comprendo. (Va a salir.) PABLO. - Espera. (La abraza fuertemente.) Gracias, tía Angelina... Angélica::: Angelucha..., ¡ángel!

ANGELINA (sofocada): - Basta, que me ahogas . (Saliendo.) ., ¡bruto! ¡Mi bruto querido!

PABLO se sienta, contempla el medallón y trata de sonreír, avergonzado de sus ojos húmedos, que se limpia de un manotazo.

PABLO: - ¡Seré idiota! No sé lo que me pasa, que casi no la veo:

MARGA: - No te importe. Dentro de un momento la verás mejor. (Se sienta a su lado.)

PABLO. - No sé cómo explicártelo. Tú te fuiste acostumbrando a la tuya sin darte cuenta: Pero yo. es como si acabara de nacer ahora. ¿De qué color tiene los ojos?

MARGA. - Azules:

PABLO: - ¿Azules? (Mira fijamente los de MARGA y luego vuelve al retrato; juego que repite a lo largo de la escena.) ¡Que extraño! Yo creía que los ojos hermosos eran siempre verdes.

MARGA. - Gracias.

PABLO. - Azules... Nunca he visto Ojos azules: ¿Y el cabello? Castaño claro.

PABLO. - Como el tuyo.

MARGA. - Más largo y abundante. Era la época. PABLO - Pero el tuyo huele a bosque:

MARGA. - He estado corriendo toda la tarde entre los pinos. PABLO. - ¿Te has fijado en las manos?

MARGA. - Una porcelana; tan finas, tan pequeñas.:

PABLO. - Las tuyas también; caben las dos en una mía. ¿NO te Ofendes si te digo una cosa?

MARGA (sonríe). - NO necesitas decírmela. Es mucho más bonita que yo:

PABLO. = Pero no te molesta, ¿verdad?

MARGA. - Al contrario: Me gusta verte orgulloso de tu madre.

PABLO: - ¿Y yo?: ¿Te parezco yo bien aquí?

MARGA. - Un encanto:

PABLO. - Entonces, ¿por qué te separas de mí en el río? También aquí estoy completamente desnudo:

MARGA: - NO es lo mismo. Ahí sólo tenías cuatro años.

PABLO: - ¡Ah! ¿Es cuestión de tiempo? ¿A qué edad empieza un hombre a ser inmoral?

MARGA- Eso depende... Algunos, en seguida. Tú no has empezado todavía.

PABLO. - ¿Y tú sí?

MARGA. - ¡YO! ¿Por qué?

PABLO. - Porque si no podemos desnudarnos juntos en el río y YO no he empezado todavía, ¡alguien tiene que ser inmoral aquí! ¿Lo eres tú?

MARGA. - Nunca se me había ocurrido... pero es posible.

PABLO. - NO, así no, contesta claro. ¿Es una pregunta tan, difícil?

MARGA. - La pregunta, no. Cuando se trata de moral, lo - difícil son las contestaciones.

PABLO. - ¿Por qué?

MARGA. - Porque todavía no hablamos el mismo idioma- Todo lo que yo no puedo comprender, a ti te parece natural. Y al revés.

PABLO. - NO, Marga, no es eso. LO que pasa es que vosotros siempre habláis de palabras. YO hablo de cosas. MARGA. - ¿A qué llamas tú "cosas"?

PABLO. - A todo lo que puede entender un hombre solo sin que se lo explique otro.

MARGA. - ¿Por ejemplo?

PABLO. - Hay, primero, las cosas pequeñas; esta mano caliente, el frío en invierno y la luna de noche. Y hay, después, las dos cosas grandes, que hacen temblar al hombre: la Muerte y Dios.

MARGA (le mira asombrada). -¿Tú sabrías decir lo que es la Muerte?

PABLO. - La he visto muchas veces de cerca. La primera cuando tenía ocho años. ¿Te acuerdas de Rosina? MARGA. - ¿La corza aquella que se escapaba al bosque en primavera?

Pablo. - Una tarde, estando yo solo, la vi llegar arrastrándose, con una mancha roja aquí. YO trataba de lavarle aquella mancha, pero ella me miraba con los ojos tristes como diciendo: "NO te canses, pequeño; ya es inútil". se recostó junto a la lumbre a esperar. Y de repente sentí que un frío misterioso cruzaba la puerta..., que algo terrible iba a pasar delante de mí si que yo pudiera hacer nada- Y así me quedé temblando en un rincón, hasta que vi claramente que los ojos seguían allí, pero la mirada ya no. Cuando llegó mi padre y dijo la palabra "Muerte", no hacía falta; yo ya lo sabía. ¿Comprendes ahora?

MARGA. - NO sé ... La muerte es una quietud que se ve y frío que se toca. Pero Dios...

PABLO - Es lo mismo. Lo que yo no podría entender

es una máquina de escribir si no me lo explicas tú; es demasiado complicado. En cambio, la Muerte y Dios, ¡son tan sencillos... !

MARGA. - ¿También a Dios lo descubriste tú sólo?

PABLO. - Como Lo hubieras descubierto tú. Es Otra cosa natural. MARGA. - Pero, por lo menos, habrás oído esa palabra. PABLO. - La palabra, sí. Pero, ¿qué son las palabras hasta

que, no sabes de verdad lo que llevan dentro? Fue una noche que, al volver de caza, me

separé de mi padre y me encontré perdido en una montaña desierta ¿Has estado alguna vez allá arriba cuando va a estallar la tormenta? MARGA. - Nunca.

PABLO.- La NOCHE entera parecía contener el aliento esperando no, sé qué... y se hizo un silencio tan grande que me CORRIÓ un escalofrío desde la nuca hasta los cascos del caballo. Porque entonces te das cuenta de todo lo pequeño que eres y todo lo solo que estás. Apreté desesperadamente las espuelas para escapar de aquella soledad, pero inútil; el caballo seguía temblando sin moverse. Y de pronto sentí que, no estaba yo solo-.. Alguien se acercaba en la oscuridad, llamándome desde la tierra; abrazándome con el viento, mirándome desde las estrellas... Algo mucho más grande que yo, pero que quería meterse entero dentro de mí para llenar mi soledad de hombre. NO pude resistir el miedo y grité la única palabra capaz de quitármelo: "¡Padre!". En ese momento estalló un trueno como una respuesta, y toda la noche se iluminó con un relámpago. Y entonces comprendí que aquello que estaba allí conmigo, sencillamente Dios- (Ligera pausa. Toma la caja de música y empieza a darle cuerda.

MARGA le contempla pensativa. Él se vuelve jovialmente.) ¿,Por qué te has quedado pensando? ¿NO está claro?

MARGA. - Sí, Pablo. Para mí nunca lo estuve tanto.

PABLO. - Pues basta de charla y a trabajar.

MARGA.- ¿Pero todavía tienes ganas de trabajar hoy?

PABLO.- ¿YO? No hija, no; la que va a trabajar ahora eres tú. Yo voy a tomarme pequeñas vacaciones. (Recoge el cofre y el medallón) Con permiso.

marga - ¿Qué vas a hacer? PABLO. - Una cosa muy importante que no he podido hacer hasta ahora. (Sonríe.) Voy a ... voy a jugar un rato con mi madre.

Marga. - ¿Quieres que me vaya?

PABLO. - No; tú ahí, a corregir los cuadernos. Pero de espaldas y nada de mirar a escondidas. ¿Prometido?

Marga. - Prometido. (Comienza a declinar la luz suavemente. MARGA se sienta a la mesa, de espaldas, empuña el lápiz rojo y corrige. PABLO se sienta a su gusto en el suelo termina de dar cuerda a la cajita, aprieta el botón y la escucha un momento. Luego la deja delante de sí apoya contra ella el medallón y lo contempla silbando entre dientes la musiquilla. Después examina el cofre, junto al oído, y como un niño que busca la trampa al juguete, va encontrando los resortes escondidos. De la caja grande sale otra más pequeña y después otra, otra, y otra. PABLO silba cada vez más contento de su destreza. Por fin llega a un cofrecito íntimo. dentro del cual hay un paquete de cartas atadas con una cinta. Durante escena se cruzan las siguientes réplicas, sin mirarse) . ¿Puedo pedirte una cosa?

PABLO. - Sin mirar, sí. ¿Qué cosa?

MARGA - Que me escribas eso que acabas de contarme de la corza y la noche de tormenta.

PABLO. - ¿Para qué lo quieres escrito si te lo he contado?

MARGA. - Para mí. Me gustaría tenerlo.

pablo - Allá tú. ¿Algo más?

marga - Sí, una pequeña advertencia. Esto que has hecho con Europa y América, pase. Pero la Muerte y Dios con mayúscula, por favor. (PABLO ya no contesta. Mira asombrado el paquete de cartas.) ¿Me oyes? (Pablo desata la cinta.) Me oyes, ¿sí o no?" PABLO mira el primer sobre como fascinado, sin voz.

PABLO. - Adelaida... -¿Adelaida...? (Abre y lee " Mi Adelaida querida". (Sigue leyendo un momento De repente vuelve la carta buscando la firma . Palidece Se le oye apenas murmurar sordamente.) No.. (Mira el principio y el fin de la carta) No puede ser... ¡no puede ser...! (Se levanta de un salto arrugando las cartas en las manos crispadas)

MARGA (natural, sin volverse). - ¿Te ocurre algo?.La VOZ de PABLO va subiendo desde una protesta sorda hasta un grito animal, mientras hace pedazos las cartas. PABLO. -¡No...
¡ ¡¡No... !! ¡¡No... !!

MARGA (se vuelve sobresaltada). - ¡Pablo!

PABLO. - No puede ser. verdad...

MARGA. - ¡Pablo querido! (Corre hacia él sin comprender.)

PABLO (la rechaza bruscamente). - ¡No, aparta! ¡No te acerques tú tampoco!

Marga ¿Pero qué te he hecho yo?

PABLO. - ¡No me toques!

MARGA. - ¡No, no es posible! (Se aferra a él desesperada.) ¡Tiene que ser una racha de fiebre! ¡Por lo que más quieras! ¡No me mires así! Soy Marga. ¿no me ves? ¿Qué daño he, podido hacerte yo, que daría la vida entera por ti ;habla, querido, habla!

PABLO consigue dominarse con un tremendo esfuerzo.

Pablo - Tienes razón. ..., perdóname. . ¡Qué culpa tienes tú

MARGA. _ ¿Pero qué ha ocurrido aquí de repente?

PABLO. - Nada. Ya pasó. Déjame... Ahora sí necesito estar solo. (Se dirige a la escalera.)

MARGA. - No; así, no. ¡Primero tienes que contestarme)

PABLO (señalando apenas con los ojos las cartas rotas). – Sí tanto te interesa, la contestación está ahí. (Va hacia la escalera fatigosamente. MARGA, arrodillada; recoge. las cartas y junta los pedazos.

PABLO sé vuelve con una ironía amarga.) Ah, se me olvidaba; gracias por haberme enseñado a leer... (Es tan divertido! Gracias.

MARGA comprende ahora y grita de rodillas llamando.

MARGA. - ¡Pablo...! ¡Pablo ...!!

PABLO sube corriendo. MARGA solloza contra el suelo. ha caído la tarde, y la escena está sumida en penumbra. Pausa de llanto. En el umbral del vestíbulo aparece julio. La contempla un momento.

MARGA y JULIO

JULIO. - Señorita Luján-.. (MARGA no oye.) Señorita Luján...

MARGA (levanta la cabeza). - ¿Quién es?

JULIO. - Un buen amigo. Por lo menos, así lo espero

MARGA (con miedo repentino). - Esa voz... ¿.Quién es? ¿Corre a encender la lámpara. Le mira paralizada.) ¡Julio: !

JULIO. - Por la manera de decirlo parece que no ha sido sorpresa muy feliz. (Avanza.)
¿Todavía me guardas rencor?

MARGA. - ¿Qué viene usted a buscar aquí?

JULIO. - Ah, ¿pero ahora vamos a tratarnos de usted?

MARGA. - ¡Conteste! ¿Es que va a seguir persiguiéndome toda la vida?

JULIO. - Yo no ando persiguiendo a nadie. Estoy en mi casa,

MARGA. - ¿Su casa, ésta?

Julio. - La de mi familia, por la madre de Pablo. ¿O es que has olvidado mi nombre?

MARGA. - Julio Roldán.- ¡Julio Roldán! (Retrocede.) entonces... ¡Es verdad! .

Julio - Tranquilízate. Por mí, lo que pasó pasado es:; no traigo nada contra ti. Al contrario; precisamente lo que vengo a ofrecerte es mi silencio de amigo

MARGA. - ¿Y si lo rechazo?

JULIO. - No te lo aconsejo. Como enemigo puedo ser peor

MARGA. - Ya todo me es igual. Yo sabía que de una manera o de otra esto tenía que terminar.

JULIO. - Entendámonos; no se trata de nada sentimental Es simplemente un negocio
¿Quieres oírme?

MARGA. - Habla.

Se sienta. JULIO también Julio. - A veces silencio es un tesoro- Si yo fuera un buen hombre de fortuna me gustaría regalártelo-

MARGA. - Pero eres hombre de negocios, y has venido a vendérmelo, ¿no es así?

Julio - No tengo otra salida.

MARGA, - ¿Y el precio?

Julio. - Barátísimo. Pablo no obedece a nadie más que a ti, Tú le has enseñado a escribir su nombre, y para eso habrás tenido que hacerle firmar cientos de veces. Ahora sólo se trata de conseguir unas cuantas firmas más

Marga - Al pie de unos documentos que escribirás tú

JULIO, - Siempre tan inteligente.

Marga - En una palabra: un robo legal, ¿no?

JULIO. - Siendo legal, el nombre no me importa.

MARGA (se levanta). - ¿Y has pensado ni un momento que yo podía aceptar por cobardía?

Tú, el don Juan profesional, ¿es eso todo lo que has aprendido de las mujeres? Pero, ¿de qué mujeres?

Julio (levantándose también, fríamente). - Sin levantar la voz

MARGA. - ¡Sal de esta casa ahora mismo!

Julio. - Así, imposible. Mañana estaré de viaje otra vez, y si tú no quieres oírme, alguien tendrá que hacerlo por ti.

MARGA (sobrecogida). - ¿Serías capaz de decírselo a Pablo?

Julio. - No es lo más agradable; pero si me obligas. . .

MARGA. - No, ¡esta noche, no! Sería demasiado cruel. (Inquieta, mirando a la escalera, suplica, rápida.) Escucha, julio, ¿puedo pedirte un plazo?

JULIO. - ¿Qué adelantaremos con eso?

Marga. - Sigue tu viaje. Prométeme que esta noche te irás sin verle.

JULIO. - ¿Y después?

MARGA. - Después ... será lo que tú quieras. ¡Pero esta noche, no! ¡Esta noche, no!

JULIO. - No pensarás que puedes engañarme como a él ¿verdad?

MARGA. - ¿Me has visto mentir por miedo alguna vez?

JULIO. - Hasta ahora, no.

MARGA. - Entonces, vete tranquilo. Cuando vuelvas, aquí me encontrarás dispuesta a responder ¡Te lo juro!

JULIO, - Está bien. Pero no olvides que todos los viajes terminan algún día. (Desde el umbral.) Hasta pronto, señorita Luján.

Una inclinación, y sale. MARGA recoge apresuradamente los

recuerdos esparcidos por el suelo. Baja pablo Se detiene un momento en la escalera

MARGA y PABLO

PABLO. - ¿Para qué recoges esas cosas? MARGA. - Iba a guardarlas.

PABLO. - No te molestes. En la chimenea arderán muy bien. MARGA. - ¿Crees que tienes el derecho de juzgar a tu madre sin haberla conocido?

PABLO. - Basta. He vivido veinte años sin ella, y bien puedo seguir así.

Se deja caer abrumado en un sillón. MARGA se acerca. MARGA. - ¿No te sería mejor acostarte? Estás rendido. PABLO. - No son las fuerzas lo que me falta. Lo peor es que no soy capaz de entender nada..., nada...

MARGA. - ¿Puedo ayudarte yo?

PABLO. - No creo. Al principio, cuando me ibas enseñando las cosas de aquí abajo, todo me parecía fácil. Y ahora, de pronto, me doy cuenta de que no comprendo nada; que no lo comprenderé nunca

MARGA. - ¿Qué es lo que no comprendes?

PABLO. - Ahora, por ejemplo, cuando subí a mi cuarto, era natural que pensara en mi madre, ¿no?. Pues no lo he conseguido ni un momento. Trataba de imaginarme sus ojos azules, y los que veía eran verdes. Quería pensar en sus cabellos, y lo único que me llegaba era el color de los tuyos. ¿Por qué? ¿Por qué?

MARGA. - No te ates demasiado a mí. Recuerda que algún día tendremos que separarnos.

PABLO. - Ya me lo dijiste la primera vez, pero tampoco eso soy capaz de imaginarlo.

Marga. - Tienes que ir acostumbrándote a la idea Piensa que esta noche puede ser la última.

PABLO. - Ni ésta ni ninguna. ¿Crees que, ahora que te tengo, voy a dejarte marchar?

Marga. - No podrás impedirlo porque no lo sabrás. Simplemente, una mañana al despertarte me llamarás de monte a monte: ¡Margáaa...!" Y Marga ya no estará aquí.

PABLO, - ¿Pero qué estás diciendo? ¿Es una despedida?

marga - Es una advertencia para cuando llegue ese día. ¿No has sido feliz hasta ahora sin mí?

pablo, - Era distinto. Antes de llegar tú el mundo estaba lleno de cosas. Ahora ya no hay más que una rodeándome como un cinturón de lumbre: ¡Marga, Marga, Marga ...!

marga - Gracias. Aunque toda mi vida se redujera a este momento solo, ya valdría la pena por haber oído esas palabras. Pero no te entregues demasiado a una mujer. ¿No te gustaría volver a la montaña?

PABLO. - Ya es tarde. Allí sólo perdía el sueño cuando tenía hambre, o cuando me dolía una herida, o cuando me despertaba el miedo. Ahora tú eres mi única herida, y mi hambre, y mi miedo.

MARGA. - ¿Te doy miedo yo?

pablo - Esta noche, sí, porque no es una noche como las demás. ¿No sientes que hasta huele de otra manera?

MARGA. - Es el otoño. Olor de tierra mojada.

PABLO. - No basta. El olor de la tierra y el de tu piel también están aquí. Ya lo estaban la primera vez. Pero hoy es algo más profundo... Algo misterioso, que se ha metido aquí dentro como el día de la corza y el día del relámpago. (Voz íntima, acercándose.) ¿No lo sientes en el aire?

MARGA (fascinada también). - Ahora, sí. Y también a mí me da miedo, porque tampoco yo lo había conocido nunca.

PABLO. - Es como si me sintiera ir cayendo en una trampa donde voy a perderme. Y sin embargo, ¡quiero caer! ¿Por qué esta noche es todo tan distinto? ¿Por qué el primer día el más fuerte era yo, y ahora toda la fuerza la tienes tú?

MARGA - ¡Sálvate de mí, Pablo! ¡Todavía estás a tiempo!

PABLO. - Es inútil; ya no puedo volverme atrás, y aunque pudiera no lo haría. Tú que lo sabes todo, ¿qué es esto que estoy sintiendo al mismo tiempo en el alma y en la raíz de la sangre?

MARGA. - No sé... Ojalá sea lo mismo que estoy sintiendo yo.

PABLO. - ¿También a ti te tiemblan dentro las palabras antes de decirlas?

MARGA. - También.

PABLO. - Pero entonces no hay solamente dos cosas. Además de Dios y de la Muerte, ¡hay una tercera cosa que hace temblar la garganta del hombre!

MARGA. - ¡Sí, Pablo; hay un tercer misterio, que es un poco como sentir a Dios y un poco como sentirse morir!

PABLO. - Dime esa tercera palabra. Quiero oírtela a tí

MARGA. - No hace falta, querido. Esa tercera palabra, cuando es verdad, es mejor decirla en silencio... ¡Así ..!

Lo atrae dulcemente, y luego con pasión entregada Mientras se besan cae lento el telón

En el mismo lugar algún tiempo después. De noche. La escena está profusamente iluminada con todas las lámparas y algunos candelabros. La mesa, destellante de porcelanas y finas cristalerías. Todo indica que nos hallamos ante alguna importante fecha familiar.

Los personajes visten de fiesta, con una sobria etiqueta compatible con cierta intimidad. Las tías, sin perder nunca su vago sabor de época y su fraternidad indumentaria lucen terciopelos oscuros y pálidos encajes. La chimenea está encendida Al levantarse el telón, EUSEBIO entra del jardín con

un resto de botellas que deja en una mesita volante junto a la chimenea.. Al mismo tiempo entra tía MATILDE. - primer término izquierda- con una gran bandeja de fiambres ricamente, aderezada. Durante el diálogo, pajarea arreglando detalles y ordenando cubiertos.

Matilde y Eusebio

MATILDE. -Espero que no halla quejas de la bodega.

EUSEBIO. - No creo; blanco de Burdeos para el fiambre y Rioja para el asado. Como en los buenos tiempos. (Le entrega un paquete.) Las velas para la torta.

MATILDE. - Y los invitados, ¿dónde se han metido?

EUSEBIO. - Con el señor Roldán, dando una vuelta por la finca,

MATILDE. - ¿A estas horas?

EUSEBIO. - Hay una hermosa luna. De todos modos, si esta pierna no me es infiel, dentro de poco estarán aquí a abrigarse de la tormenta?

MATILDE. - ¿Tiene usted - un barómetro en esa pierna?

EUSEBIO. - Un reuma vitalicio Es lo único que me dejó mi padre

MATILDE. - (terminando de cortar las velas - Veintitrés, veinticuatro Y veinticinco (Suspira) ¡Veinticinco ya! Casi un año, Y parece que fue ayer cuando bajó de la montaña hecho un lobezo. - En Cambio ahora... ¿Ha visto qué bien le sienta el smoking? Como si lo hubiera llevado todo su vida

EUSEBIO. - Esas cosas se traen en la sangre ¿Está todo bien?

Matilde perfecto Lo único de esta comida que no voy a poder tragar son los invitados.

EUSEBIO. - Paciencia, señora. después de todo, por lejanos que sean, son los únicos parientes

MATILDE. - Lejanos afortunadamente pero al fin y al cabo "Roldanes" ¡Siempre ¿esa rama podrida metiéndose en casa (Mira la mesita volante con cubilete de plata) ¿y estas botellas vacías? ¿Quién se ha bebido ya dos botellas de champán?

EUSEBIO. - El señorito Pablo supongo

MATILDE. - ¿Pablo bebiendo No puede ser. ¿Él solo?

EUSEBIO. - Con el primo Julio. Hace un rato estaban aquí, muy alegres los dos, riéndose Y abrazándose

MATILDE. - Pero Pablo no tiene costumbre de beber. Puede ser peligroso.

EUSEBIO. - Pierda cuidado tiene la cabeza bien puesta en su sitio.

MATILDE. - No me fío. Desde que volvió El primo , Julio son demasiados abrazos, demasiado salir juntos . Algo está buscando ese, y no será nada bueno.

EUSEBIO. - Cosas de muchachos. (Entra tía Angelina con otra bandeja) ¿Necesitan algo no más?

MATILDE. -Nada, Eusebio Gracias

Sale Eusebio hacia el jardín. Tía Matilde mira preocupadamente las botellas vacías y las retira. Tía Angelina deja su bandeja en la mesa Y va sacando mecánicamente copas y cubiertos del trinchero. Viene evidentemente más preocupada de lo que esta ahora su hermana, y sin duda por algo más serio. Contesta distraídamente, como un eco, sin escuchar lo que se le dice.

MATILDE y ANGELINA

MATILDE. - ¡Su primera fiesta! Es como En nuestros tiempos, cuando nos ponían de largo. ¿Dejaste !la torta a media lumbre?

ANGELINA. - Sí, Matilde; Está En El horno.

MATILDE. - No se te habrá ocurrido cerrarlo, ¿verdad?

ANGELINA. - Sí, Matilde; Está cerrado.

MATILDE. - ¿Cerrado? Pero entonces la torta debe de Estar quemándose.

ANGELINA. - Sí, Matilde; debe de Estar quemándose.

MATILDE. - - ¡Pero Angelina! ¿Estás dormida o es que te has quedado sorda de repente?

ANGELINA. - Sí, Matilde; de repente.

MATILDE. - (la mira pasmada). - ¡Angelina...! (ANGELINA queda inmóvil con la mirada ausente. Matilde se acerca resuelta tomándola de los hombros, y obligándola a volverse.) ¡Despierta de una vez! ¿Puede saberse qué te pasa esta noche?

ANGELINA. - ¡Suelta...!

MATILDE. - No. Mírame de frente y contesta. ¿Qué está pasando aquí Esta noche?

ANGELINA. - ¡Suelta, te digo!

Se desprende, corre a un sillón escondiendo el rostro y rompe a llorar. Matilde la sigue asustada, bajando a un tono más íntimo.

MATILDE. - Ah, pero entonces Es algo grave... ¿De quién? (Se arrodilla a su lado.) Por tu vida, no me asustes. ¡Habla! Angelina. - Había jurado no decírselo a nadie, pero no Puedo callar..., no puedo... ¡Marga se va Esta misma noche! Matilde. - ¿Que se va? ¿Por qué?

ANGELINA. - ¿Piensas que lo sé yo? Entré en su cuarto creyendo que no había nadie, y allí la encontré llorando a oscuras y cerrando el equipaje.

MATILDE. - ¿Sin ninguna explicación?

ANGELINA. - Ninguna. Sólo me dijo que era por el bien de Pablo, y me hizo jurar que no lo sabría nadie hasta que estuviera lejos. ¡Hay que hacer algo, Matilde! Marga no puede marcharse así.

MATILDE (se levanta pensativa). - Está bien. Entonces, me parece que empiezo a comprender muchas cosas.

ANGELINA. - ¿Tú habías notado algo?

MATILDE. - Desde hace unos meses, Marga no es la misma. Siempre triste y tan pálida..., con los ojos más grandes que nunca...

ANGELINA. - ¿Alguna enfermedad?

MATILDE. - ¿Recuerdas el otro día, cuando estábamos almorzando y se cayó sin sentido sobre la mesa? ANGELINA. - Pero se le pasó en seguida. Un simple mareo.

MATILDE. - No es la primera vez que le dan esos mareos. Ni la primera vez que anda a escondidas llorando por los rincones. Cuando una muchacha se pone así -puede ser algo más serio que una enfermedad.

ANGELINA (comprende repentinamente y se pone en pie de un salto). - ¿¡No!?

MATILDE. - Sí, Angelina, sí. Y lo peor es que la responsable no es ella; somos nosotras, por no haberlo pensado a tiempo.

ANGELINA. - El señor Roldán lo dijo el primer día, ¿te acuerdas? "Tienen ustedes un barril de dinamita y se han empeñado en traer un fósforo". De quién es ahora la culpa, ¿del fósforo o del barril?

MATILDE. - Eso es lo que me da más rabia. ¿Será posible que en esta condenada vida sean siempre los Roldanes los que al final tengan razón?

Se oye a PABLO. y JULIO que llegan cantando entre risas una cancioncilla grotesca.

ANGELINA. - Ahí están. ¿Qué hacemos, Matilde? MATILDE. - Por lo pronto, hay que soportar esta dichosa comida lo mejor que se pueda. Pero dile a Marga que no saldrá de aquí hasta que lo ordene yo; y que baje a la fiesta sea como sea. (ANGELINA sube la escalera.) Y ahora, a ver si queda algo de esa maldita torta, ¡que si está tan quemada como mi sangre ya tiene bastante!

Sale, primera izquierda. Por el vestíbulo entran PABLO y JULIO del brazo, como sosteniéndose mutuamente. PABLO despeinado y con la corbata deshecha, no hay duda de que está achispado, sin llegar a la borrachera, pero sería difícil saber si es verdad toda su euforia de taberna o si esconde otra cosa debajo. JULIO, en cambio, tiene costumbre de beber y se ve claro que su falsa alegría es sólo una trampa. Trae una cartera de documentos. Cantan acompañándose con gestos y palmadas burlescos.

PABLO y JULIO

Los dos. -

Al tío Tomásón

le gusta el peregil

en invierno y en abril

más con la condición -dibirín-din-din dibirín-din-don

la condición:

¡que lleve el peregil

la boca de un lechón!

PABLO (risas y palmoteos). - Eres grande, julio. ¡Y pensar que he vivido hasta hoy sin saber lo que es un amigo ¡Un abrazo, hermano! (Se abrazan.)

JULIO. - Gracias, Pablo. Estaba seguro de que acabaríamos siendo los mejores amigos del mundo.

PABLO - Son las mujeres las que se empeñaban en separarnos, ¿comprendes? A ellas lo único que les gusta de verdad es llorar. Pero los hombres no lloran; los hombres beben. Y luego, cuando se cansan de beber, cantan.. Y luego, cuando se cansan de cantar, vuelven a beber.. La mujer es un animal sentimental. El hombre es un animal inteligente. ¿Otro abrazo?

JULIO. - ¡otro! ¿Y otra copa de champán?

PABLO. - ¡Siempre! Pero tú no. (Le quita la botella.) Tú lo haces demasiado fino; y a mí me gusta con ruido..., mucho ruido... ¡Shissss-pum! ¡Así! Y con espuma..., mucha espuma... ¡Así! ¡Así! (Le tiende una copa.) ¿Hay algo en el mundo mejor que un amigo?

Julio. - ¡Dos amigos!

PABLO. - Pues, ¡por los dos!

JULIO. - ¡Por ti!

Beben. PABLO trastabilla un momento y cae en un sillón.

PABLO. - Diablo con el champán, ¡qué fuerza tiene! Te dobla las rodillas, como cuando andas todo el día a caballo. (Se levanta golpeándose la frente en un raptó de inspiración.) Ya está. El champán es igual que un caballo: fuego en las venas y espuma en el morro. ¡Un caballo embotellado!

Julio. - ¡Muy bien dicho! Tú sí que eres grande.

PABLO. - ¿Verdad que sí? ¡Otro abrazo, hermano!

JULIO. - ¡Para toda la vida! (PABLO cae nuevamente en su asiento. JULIO echa mano a su cartera.) Y ahora, ¿quieres oírme un momento?

PABLO. - ¿Negocios otra vez? ¿Vas a obligarme a trabajar a estas horas?

JULIO. - Son simplemente unas firmas; del trabajo me encargo yo. Los señores como tú sólo ponen la firma. (Le tiende su pluma.) Aquí..

PABLO. - ¿Ahora mismo? Eso sí que va a ser más difícil. Primero tendría que aprender.

Julio. - No irás a decirme que no sabes firmar.

PABLO. - A medias; esa tonta de maestra sólo me enseñó con la derecha. Y esos papelotes importantes hay que firmarlos con la izquierda.

Julio. - ¿Con la izquierda? ¿Quién te ha dicho ese disparate?

PABLO. - Míralo ahí mismo. El año pasado a mi padre le estalló un cartucho de pólvora en la mano derecha, y yí no pudo usarla nunca más. Esto era por octubre... y sin embargo, ahí verás firmas tuyas de noviembre, de diciembre, de enero ... ¿Con qué mano iba a ser?

(Se levanta.) Lo que pasa es que tú eres todavía muy joven y no entiendes de esas cosas. ¿Otra copa?

JULIO (lívido). - No. (Guarda los documentos)

PABLO. - Tiene gracia. Te has quedado blanco como el papel. ¿A que ahora resulta que el que no sabe beber eres tú? (Canta.)

"mas con la condición -dibirín - din - din dibirín - din - don. . .

PABLO, JULIO y MATILDE

Matilde (entrando resuelta). - ¡Basta, Pablo ¿Te parece decente recibir a nadie así? Sube a remojarte la cabeza con agua fría, péinate, arréglate esa corbata...

PABLO. - Ya voy, no hay que enojarse. Gracias, julio; te juro que me has hecho pasar el rato más divertido de mi vida. (En la escalera.) Y no lo olvides, ¿eh? Los documentos importantes, con la izquierda, hermano, con la izquierda...

Mas con la condición -dibirín - din - din dibirín - din - don
la condición...

MATILDE y JULIO. Luego, los invitados

Matilde - ¡No le da vergüenza, emborrachar así a un pobre muchacho que no había bebido nunca!

JULIO. - No se preocupe. Me parece que Pablo tiene la cabeza más despejada que usted' y que yo.

MATILDE. - ¿Qué es lo que se proponía? Los Roldanes no dan un paso sin tener su razón, y siempre es una razón sucia.

JULio. - Sin escándalo, señora. ¿Qué van a pensar sus invitados?

En efecto, los invitados llegan del jardín acompañados por ROLDÁN padre, El doctor

AUGUSTO PÉREZ ROLDÁN, tallo lejano de la rama que tía MATILDE llamaría espuria, es profesor de Antropología, con marcados resabios de cátedra, y Miembro Ilonoris Causa de todas las academias de provincias que no tengan nada más urgente que hacer. Tiene la cómoda pedantería del catedrático acostumbrado a que no se le discuta, y seguramente está lleno de diplomas y medallas. Doña LOZA De PÉREZ ROLDÁN, a quien le parece más distinguido, y quizá más joven, hacerse llamar Lulú, es la esposa del ilustre antropólogo, cosa que le parece importantísima, como suele suceder a este tipo de señoras con todas las palabras esdrújulas. La hija, Fifi, tiene una risita de conejo y la encantadora estupidez de las chicas consagradas exclusivamente a la busca y captura del hombre. Es tonta profesional, pero con la solapada perfidia de ser además bonita.

LULÚ. - Matilde querida. Hemos estado recorriendo la finca. ¡Divina!

MATILDE. - Gracias.

ROLDÁN. - Pues esto no es nada. Imagínese los bosques, los grandes rebaños, el refugio en la montaña con su inmenso coto de caza...

FIFI. - Un verdadero sueño.

PROFESOR. - ¿Y el muchacho?

MATILDE. - En seguida baja. Está un poco aturdido y voy a prepararle un café bien cargado. ¿Me disculpan?

LULÚ. - No faltaba más.

MATILDE. - Julio les atenderá; parece que es especialista en servir bebidas. Un momento. (Sale, primera izquierda.) JULIO. - ¿Jerez, Oporto...?

LULÚ. - ¿No hay nada francés?

Julio. - ¿Un "blanc d'Anjou"?

LULÚ. - Siendo francés no me importa. Merci beaucoup. (JULIO sirve.)

JULIO. - ¿Y tú, Fifi?

FIFI. - Yo en cuestión de bebidas prefiero el jamón de Virginia con cabello de ángel. (Ríe su propia gracia.) ¡Jí-jíl (Se acerca a la mesa y toma un sandwich.)

JULIO. - ¿Usted, doctor?

PROFESOR. - Cualquier cosa. Yo lo único que estoy deseando es conocer cuanto antes a ese muchacho de la selva. JULIO (llevándole un vaso). - ¿Interés científico? PROFESOR. - ¡Imagínese! Para mi libro sobre el salvaje actual y el hombre primitivo sería un capítulo sensacional. Un caso que hubiera hecho felices a Emerson y a Rousseau. Roldán. - No se haga muchas ilusiones. Hace un año, quizá. Ahora, Pablo ya no es más que un salvaje echado a perder por la cultura.

Profesor. - A los ojos profanos, puede ser; pero dejen que lo examine yo como antropólogo y verán qué pronto aparecen, debajo de ese barniz, los rasgos característicos de la selva. Julio. - ¿Cuáles, por ejemplo?

Profesor. - Los eternos: la pasión por la caza, la pesca y la guerra; la tendencia a la repetición de sílabas; la afición a los colores chillones y las cosas que brillan... Y, sobre

todo, ese placer morboso que sienten los niños torturando a los animales.

Fifí - Yo estoy muerta de curiosidad, pero me da miedo. Dicen que la primera vez que vio a una mujer se lanzó sobre ella y la mordió.

LULú. - ¡Qué más quisieras tú, tonta! Pablo es inmensamente rico. Y, según tu padre, lo primero fue el mordisco. El beso se inventó después.

ROLDÁN. - Ahora ya es muy distinto. Quizá más peligroso que antes, pero manso..., hasta con su sonrisita de buen chico.

Profesor - También, también hay ese salvaje ingenuo y sonriente; el tipo polinesio.

Fifí. - De todos modos, lo que se lleva en la sangre no se olvida. Estoy segura que por las noches se sube a los árboles aullando.

PROFESOR. - ¡Muy bien, hija! Así hacía el hombre primitivo antes de descubrir el fuego.

LULÚ. - Por favor, no me asustes. ¿Crees de verdad que lo que nos van a presentar es un gorila con smoking?

PROFESOR. - O algo más interesante: un regreso a la época de las cavernas.

ROLDÁN. - ¿Y eso le parece divertido?

PROFESOR. - Apasionante. ¡Lástima que el padre le haya enseñado a hablar! Sin eso sería un ejemplar maravilloso,

JULIO. - A mí no me interesa el caso científico. Lo que Pablo lleva en la sangre puede ser una herencia mucho más importante.

LULú. - ¿Una herencia? ¿Cuál?

Julio - Para nosotros, la mejor. (Dejando caer las palabras)¿Han olvidado que el padre vivió veinte años al margen de la ley... y que murió loco?

FiFí (espantada). - ¡No! A mí que no se me acerque. ¡Que no se me acerque, que grito!

Lulú - ¡Tú harás lo que yo mande! ¿eh? Y si te invita a salir juntos al jardín, irás.

FIFÍ. - ¿A oscuras con ese bárbaro?

Lulú. - A Oscuras todos son iguales. Y estarás simpática él, ¿lo oyes? Y si hay que sacrificarse... ¡Ay, perdón, no sé lo que digo!

Roldán. (sintiendo llegar). - Silencio. Baja tía ANGELINA.

Dichos y ANGELINA. Luego, PABLO y MATILDE

LuLú. - ¡Querida Angelina! En este momento estábamos hablando de tu sobrino. Fifí está muerta por conocerle. ¡Esta juventud!

Angelina. - Pues ya no tienen nada que esperar. Ahí baja. En la escalera aparece PABLO correctamente vestido y peinado. Se detiene en el descansillo, un poco azorado ante los invitados, que a su vez quedan paralizados mirándole. Instintivamente las mujeres retroceden un poco.

PABLO. - Señores. Buenas noches a todos.

Baja dos escalones más. Las mujeres retroceden otro paso, y vuelven a quedar todos

inmóviles. Pausa de situación. Entra tía MATILDE. Se detiene, también un instante..

MATILDE. - Parece que se han quedado todos mudos. Acércate, hijo, voy a presentarte. (PABLO se adelanta cortésmente.) Doña Lola de Pérez Roldán.

Lulú. - Perdón; tía Lulú, si me haces el favor.

PABLO. - Encantado, Lulú. (Va resueltamente a abrazarla)

Matilde. - Así, no. A las señoras no se las abraza, se les besa la mano.

Pablo. - Perdón. (Le besa la mano con una naturalidad exquisita.) A sus pies, señora.

Lulú. - Gracias, muy gentil. Y felicidades por su cumpleaños. Veinticinco, ¿no?

Pablo. - Veinticinco.

LuLú (suspira). - ¡Ay, es la más hermosa de las edades! Yo la tuve diez años seguidos, pero al fin hay que resignarse.

Mi hija, Fifi.

Pablo. (la tía MATILDE). - ¿También a ésta tengo que besarle la mano?

LuLú. - A ella, no. Al fin y al cabo son primos. Si usted quiere puede besarla en la frente.

FiFí (retrocede con un gritito). - ¡No... !

Pablo. - Parece que eso del beso en la frente no le ha hecho ninguna gracia. A lo mejor prefiere en otro sitio.

Matilde. - Dale la mano, simplemente.

PABLO. - Mucho gusto.

Le aprieta la mano fuertemente. Ella ahoga otro gritito y luego juega los dedos doloridos.

ANGELINA. - Discúlpale; tiene demasiada fuerza y todavía no ha aprendido a administrarla.

PABLO. - De manera que tú te llamas Fifi. ¡Qué raro!¿Por qué?

Fifi. - Bueno, en realidad me llamo Josefina, pero mamá dice que Fifi es más distinguido. ¡Jí-jí...!

Lulú. -. Fifi está interesadísima por usted. No sabe hablar de otra cosa. Luego saldrán juntos al jardín. ¿Verdad, nena?

Fifi. - Sí, mamá.

MATILDE. - El doctor Augusto Pérez Roldán, profesor de no sé qué...

PROFESOR. - De Antropología, señora.

MATILDE. - ...profesor de Antropología, que sigo sin saber lo que es, y miembro de no sé cuántas academias

Profesor. - Mucho gusto, muchacho.

PABLO. - Un abrazo, profesor. (Le abraza con más fuerza de la calculada habitualmente para un antropólogo.)

ANGELINA. - Sin apretar, que lo vas a romper.

Las tías atienden a los invitados ofreciendo vinos y platos. Unos de pie y otros cómodamente sentados, pero nadie a la mesa.

PABLO. - Con que Antropología... ¿Y eso qué es?

PROFESOR. - Muy sencillo: es la ciencia que se ocupa del estudio completo del hombre.

PABLO. - ¿Nada más? ¡Sencilísimo!

JULIO. - El doctor es un catedrático ilustre. Publica libros y tiene en su casa cuarenta jaulas con monos.

PABLO. - ¿Cuarenta jaulas con monos para estudiar al hombre?

PROFESOR. - Exactamente. No diré, como en los viejos tiempos, que sean nuestros antepasados, pero son nuestros parientes pobres.

Lulú. - Le interesaría mucho lo que piensa mi marido sobre los monos. Los tiene encerrados en el sótano, hace experimentos con ellos en el laboratorio, y les da toda clase de inyecciones a ver lo que resulta.

PABLO. - ¿Ah, sí? Entonces lo interesante sería saber lo que piensan los monos sobre su marido.

PROFESOR (ríe sin gran convicción). - Muy bien. ¿Han visto qué deliciosa ingenuidad? Un verdadero polinesio.

PABLO. - ¿Un whisky, Fifi?

FIFI. - Lo que tú quieras, primo. ¡Uy, perdón, te he tratado de tú sin querer! ¡Pero es que me has caído tan simpático!

MATILDE. - Fifi acaba de decirte una galantería. ¿No tienes nada 'que contestarle?

PABLO (mirando al padre). - Muy mona. ¿Y usted, Lulú? Lulú.- Yo, nada. Merci bien, mon cheri.

PABLO. - ¿Ah, es usted francesa?

Lulú. - Cuestión de gustos. El español es demasiado violento. En cambio, en francés, ¡hasta lo que está mal suena tan bien!

PROFESOR. - ¿Me permite hacerle unas preguntas? Curiosidad científica.

PABLO. - A sus órdenes, profesor.

Profesor (deja su plato y esgrime un cuadernito). - No le molestará que tome unas notas, ¿verdad?

Pablo. - Por mí, encantado. Pregunte, pregunte. (Mientras contesta tranquilamente se sirve un whisky y va picando algo acá y allá, con una pierna sentada en la mesa.) Profesor. - ¿Cuáles son sus deportes favoritos?

Pablo. - ¿Cuáles van a ser? La caza y la pesca.

Profesor. (triumfal). - ¿No lo dije? Son las dos pasiones del hombre primitivo: el ímpetu de conquista. (Anota.) Y seguramente, en el fondo, la otra gran pasión: la guerra.

Pablo. - Ah, eso no. Yo no soy más que un pobre salvaje. La guerra se la dejo a los civilizados.

Profesor. - Muy oportuno, joven. PABLO. - Gracias, profesor.

PROFESOR. - ¿Le gustan los colores fuertes? Pablo. - Todo lo fuerte me gusta.

PROFESOR. - ¿Y las cosas que brillan? Pablo. - Me encantan.

Profesor. - ¡Estaba seguro! (Anota.) Y de las cosas que brillan, ¿cuáles prefiere? ¿Los collares de vidrio...? ¿Las lentejuelas ... ?

PABLO (natural). - Las estrellas y los ojos de las mujeres. Angelina (derramando orgullo). - ¡Anote, profesor, anote!

Lulú. - ¿Has oído, Fifi? ¿No es encantador?

Fifi. - Encantador. ¿Cuándo salimos al jardín?

PROFESOR. - Después, nena; ahora lo necesito yo. Dígame, ¿qué palabras le gustan más? ¿Las largas o las cortas?

PABLO. - Las cortas.

PROFESOR. - ¡Lo habría jurado! (Anota.) Con tendencia a la repetición de sílabas, ¿no?

PABLO. - No entiendo.

Profesor. - Quiero decir, como los niños, que a una fuente le llaman "glu-glú" y a una campana "tan-tan".

PABLO. - No, eso no lo había oído nunca hasta esta noche: "Sí, mamá. No, Fifi. Sí, Lulú".

Matilde. - ¡Anote, profesor, anote!

Lulú. (se levanta indignada). - ¡Esto es una grosería!

JULIO (apresurándose a intervenir). - Vamos, señora, tampoco hay que tomarlo así.

ROLDÁN. - ¿No sería mejor dejar este interrogatorio y cenar en paz?

PROFESOR. - Calma, calma..., El muchacho ha contestado ingenuamente.

LULÚ. - ¡Lo ha dicho con toda intención! ¿Vas a dejar que nos insulten?

FiFí (.se levanta también). - Vámonos papá. El coche es descubierto y el jardinero dijo que va a llover.

PABLO. - Sí, me parece que esta noche vamos a tener tormenta. (Tira, como jugando, un cuchillo que tiene en la mano. El cuchillo se clava temblando en la mesa.)

PROFESOR. - ¿Quieren hacerme el favor de sentarse todos?

ROLDÁN. - Mejor lo deja, profesor; es un consejo.

PROFESOR. - Sólo una pregunta más; la última. Es la más delicada. Pero, ¿me promete no ofenderse?

PABLO (conteniéndose visiblemente). - Yo estoy perfectamente tranquilo. Diga.

Los invitados han vuelto a sentarse. Hay una pausa de expectativa. En el silencio se oye a tía ANGELINA refugiando sus nervios en "Los bosques de Viena".

ANGELINA. - ¡Tararam... tararam... tararam...! ¡Pam-pam!

PABLO. - Sin Strauss, tía. Diga, diga.

PROFESOR. - Usted tiene seguramente un gran cariño a sus caballos y a sus perros.

FABLO. - Los adoro.

PROFESOR. - Naturalmente: porque le son útiles. Pero allá, en el fondo, ¿no siente a veces la crueldad infantil de torturar a los animales?

PABLO. - ¿Torturar a los animales yo? Nunca. Ya ve; a algunos basta les permito que me hagan preguntas y tomen notas.

Profesor (pálido). - ¿Debo interpretar esas palabras como un insulto?

PABLO. - ¿Ah, pero lo necesita más claro? Pues siga preguntando. ¡Siga!

MATILDE (se levanta aterrada). - No, hijo, no... ¡Esto ya es demasiado!

ANGELINA (levantándose a su vez en una increíble rebelión contra la primogenitura). ¡Tú te callas! ¡Dale, Pablo, dale. . . !

Se desencadena el escándalo. Todos en pie. . Las réplicas amontonadas.

LULÚ. - ¡Esto es intolerable! ROLDÁN. - Calma, señores...

LULÚ. - ¡Le exijo inmediatamente una disculpa!

FIFÍ. - Vámonos, mamá. ¡Ahora es cuando va a empezar a aullar!

JULIO. - ¿Pero te das cuenta de lo que has hecho?

PROFESOR (imponiéndose). - Tranquilos, amigos. ¡Silencio todos en nombre de la ciencia!

LULÚ. - ¿Vas a dejarte atropellar; Augusto?

PROFESOR. - ¡Silencio, dilo! ¿Qué importa un ataque de furia? La furia es una simple descarga de adrenalina.

PABLO (excitándose otra vez más). - ¡Maravillosa ciencia! ¿Que un hombre da su vida por algo hermoso..., que levanta una catedral..., que se vuelve loco de amor...? No es nada, señores; una descarga de adrenalina. ¿Con qué se combate la adrenalina, profesor?

PROFESOR. - Con insulina, joven. Y si hay peligro, con azúcar. PABLO. - ¡Entonces estamos salvados ¡Azúcar para los hombres libres y fuertes ¡Azúcar para las catedrales y los pueblos! ¡El porvenir del mundo es el azúcar.

A los gritos de PABLO ha aparecido en la escalera MARGA, también vestida de fiesta. Contempla asombrada el final de la escena, y corre hacia él tratando de calmarle.

Dichos y MARGA

MARGA. - ¡Pablo! ¡Pablo querido! ... ¡Cálmate, por tu bien! PABLO. - Mira ahí a la gente de tu mundo. ¿Era a esa basura adonde querías llevarme?

MARGA. - ¿Pero qué le han hecho para ponerle así?

PABLO. - Míralos bien. Parecen hombres y mujeres, ¿verdad? Pero no Son peles de

trapo; un hilo para llorar, otro para reír, y otro para saludar. (Saludando con gestos de polichinela.) ¡Bonjour, monsieur! ¡Bonsoir, madame...!

MARGA. - No comprendo lo que ha pasado aquí: pero retírense todos, por favor.

Lulú. - Mejor será. ¡Esto es una vergüenza!

PABLO (deteniéndolos). - ¡Alto ahí! ¿No habían venido al circo, a divertirse con el hombre-bestia? Pues ánimo, que la fiesta va a empezar. ¡Pero ahora es la bestia la que va a dirigir! (Toma una campanilla del trinchero mientras llama a gritos.) ¡Eusebio! ¡Eusebio!..

MARGA (abrazándose a él). - ¡Por lo que más quieras, Pablo! PABLO la rechaza bruscamente y agita la campanilla con voces y ademanes de trujamán de feria.

PABLO. - ¡Suelta! ¡Pasen, señores, pasen! ¡Esta noche, gran función de títeres! (Señalando uno por uno.)

El Ilustre Profesor:

¡ni una sola idea propia, y libros alrededor! (Campanilla.)

La madre casamentera: ¡por dentro una Celestina, y gran señora por fuera! (Campanilla.)

La princesita Fifí: ¿Vamos al jardín? ¡jÍ-jÍ! ¿Quieres la luna? ¡jÍ-jÍ! ¿Quieres un marido? ¡Ay, sííí...! (Campanilla.)

Y ahora, el número de fuerza:

¡Roldán, administrador! ¡Roldán, letrado asesor! Roldán, falsificador ...!

(Campanilla.)

¡Pasen, señores, pasen a ver la bonita historia de Alí-Babá y los Cuarenta Roldanes!

JULIO (adelantándose). - ¡Basta, Pablo! ¡Ni una palabra más!

PABLO (con gozo de desafío tirando la campanilla). - ¡Ya era hora! ¡Por fin hay un hombre aquí! ¡Pronto! ¿No ves que estoy necesitando un hombre' que me responda? ¡¡Pronto!!

JULIO avanza un paso. MARGA se impone.

MARGA. - ¡Quieto! ¡En este momento la única que pueda hablar con él soy yo!

ROLDÁN. - Déjale. Está fuera de sí.

JULIO retrocede con el padre.

PABLO. - ¡Qué lástima! Creí que había encontrado un hombre, pero fue una falsa alarma. ¡Míralos, Marga! Todos muñecos de cartón y trapo. Pero ni a ti ni a mí nos arrastrarán a su mundo de azúcar. (Vuelve a llamar a gritos.) ¡Eusebio! ¡Eusebio!

Dichos y EUSEBIO

EUSEBIO (apareciendo un Instante en la puerta del jardín). ¿Señor...?

PABLO. - ¡Ensíllame ahora mismo dos caballos! (Sale EUSEBIO.) -¡Y ustedes fuera! ¡Si al bajar los encuentro todavía los echaré a latigazos! ¡Quiero mi casa limpia! (Va hacia la escalera arrancándose el smoking.) ¡Largo de aquí, basura! ¡Largo!... (Sube corriendo.)

MARGA. - Lamento esta escena, señores. Yo les pido perdón en su nombre.

LULÚ. - Demasiado tarde. La felicito por su discípulo. ¡Vamos, Augusto!

FIFÍ. - Nunca hemos debido venir a esta casa de locos.

ROLDÁN. - Algún día tenía que suceder. ¡Es la herencia del padre!

JULIO. - Anote, profesor: ahora sí que vale la pena.

MATILDE. - ¡La culpa es de ustedes por querer burlarse de él!

ANGELINA. - Discúlpenle. Seguramente ha bebido sin tener costumbre.

PROFESOR. - Inútil disculparse. Cuando se tiene en casa una bestia así se la tiene encerrada. ¡Vamos!

Van saliendo.

MARGA. - Sí, julio, yo se lo diré. ¡Pero sale antes que sea tarde para todos

JULIO. - Escúchala. Es una historia un poco vieja, pero va a interesarte mucho. Buenas noches. (Sale.)

MARGA y PABLO

PABLO. - ¿Por qué has defendido a ese hombre con tu cuerpo? MARGA. - No era por él. Era por ti. Te vi la muerte en los ojos.

PABLO. - ¿Y esa vieja historia tan interesante?

MARGA. - Escucha, Pablo. Te juro que daría la vida por ahorrarte este daño que te voy a hacer; pero no quiero que quede entre nosotros una mentira, ni un silencio siquiera. Ese hombre ha sido mi amante.

PABLO vacila como quien recibe un golpe. El hierro cae de sus manos. Tarda un instante en reaccionar, como si no pudiera comprender.

PABLO. - ¿Qué has dicho...? NO..., no es posible que haya oído bien.

MARGA. - Comprendo, querido. También a mí me parece imposible. Pero ese hombre que ahora sólo me produce desprecio..., ese hombre ha sido mi amante.

PABLO (ronco). - ¡No, Marga! Dime que mañana no va a salir el sol..., dime que el mundo va a estallar ahora mismo... Todo te lo creeré. ¡Pero eso no!

MARGA. - ¿De qué serviría callar? Algún día tenías que saberlo, y es mejor que te lo diga yo. Por lo menos, es más limpio.

PABLO. - ¿Pero entonces... es verdad? Tú, a quien yo no podía besar sin temblar de pies a cabeza..., tú, la sagrada, la única..., ¿también tú?

MARGA. - Sí, querido. Desdichadamente, también yo. PABLO. - ¿Y eres capaz de decírmelo así, mirándome de frente?

MARGA. - No tengo por qué bajar los Ojos. Me duele tanto

¡Como a ti, pero no me siento culpable. Por eso no te pido perdón.

Pablo. - Está bien. (Habla sin mirarla.) Entonces ya no me hacen falta dos caballos. Con uno basta.

MARGA.- Fue hace años, siendo estudiante, cuando yo vivía demasiado sola...

PABLO (crispado). - ¡Basta! ¿Te he pedido alguna explicación?

MARGA. - No es una explicación. Es una despedida.

PABLO. - Por mí puedes ahorrártela. Ojos azules o verdes, Adelaidas o Margas, ¿qué más da? ¡Todas iguales para destruir a un hombre!

MARGA. - ¿Puedes escucharme un minuto?

PABLO. - ¿Para qué? Entre nosotros ya está dicho todo. ¡Esa es la puerta!

MARGA. - No necesitas echarme a latigazos como a un perro. Mi equipaje está preparado ya.

PABLO. - ¿Qué esperas, entonces?

MARGA. - Sólo quería decirte adiós, pero sin rencores; con la mano en la mano.

PABLO. - No pierdas tu tiempo inútilmente. ¡Corre! Julio no debe andar muy lejos. ¡Todavía puedes alcanzarle!

MARGA (reacciona, herida). - ¡Eso sí que no! Apártate de mí si no eres capaz de comprender; pero no tienes derecho a insultarme.

PABLO. - ¡Fuera he dicho! ¿No has oído que quiero mi casa limpia?

MARGA (con una energía creciente). - Primero tendrás que escucharme con respeto, sin gritos y sin látigos; ¡porque en este momento eres infinitamente más pequeño que yo! Tan pequeño, que me das lástima, Pablo. Lástima y vergüenza.

PABLO. - ¿Ahora va a resultar que soy yo el que tiene que avergonzarse?

MARGA. - ¡Tú! ¡El hombre fuerte, el hombre libre, el hombre puro ...! Todo lo que admiraba en ti acabas de destruirlo en un momento. ¿Para qué te sirve tu fuerza animal? ¡Para destrozar a una pobre mujer! ¿Para qué te sirve tu libertad?

¡Para negar la mía! Y tu famosa pureza, ¿dónde está? Mira lo que eres ahora; mitad salvaje y mitad muñeco ¡Con todos los instintos brutales de allá arriba y todos los prejuicios estúpidos de aquí abajo!

PABLO. - Eso es lo que has hecho de mí. Puedes estar orgullosa de tu obra.

MARGA. - Es en lo único que tienes razón. Quise darte un alma grande como tu fuerza, y no he sabido. ¡Eres el fracaso más triste de mi vida! De todos modos, si alguien debe algo aquí eres tú.

PABLO (cruel). - No quiero deber nada a nadie. Si crees que tenemos pendiente alguna cuenta, pasa por la administración.

Marga - Eso no lo esperaba; es un golpe bajo, indigno de ti. Pero si quieres hacerme daño hasta el final, todavía es poco. ¿Por qué no mandas a registrar mi equipaje como, se hace con las sirvientas ladronas? Mira que puedo llevarme algo escondido. ¿Has contado bien tus joyas de familia, tu vajilla de plata?

PABLO. - No me importa lo que puedas llevarte. Ya estoy acostumbrado a que me roben todos.

MARGA. - ¿Sí? Pues entonces, ¡cuenta tu sangre a ver si te falta algo, porque lo mejor de ti viene conmigo!

PABLO. - ¡Quieta(¡Medias palabras, no!. ¿Qué quieres decir con eso de la sangre?

MARGA. - ¡Suelta!

PABLO. - ¿Un hijo...? ¿Un hijo mío...?

MARGA. - ¿Con qué derecho lo llamarías tuyo? Tú no has puesto más que el instinto. La voluntad la he puesto yo. Y esto, que es lo único que tengo, esto no me lo quitará nadie. ¡Gracias por él!

Va a salir. PABLO le cierra el paso.

PABLO. - ¡Quieta ahí! ¿Creías que con ese lazo ibas a atraparme?

MARGA. - ¡Déjame, pasar!

PABLO. - No, ahora no saldrás hasta que lo tengas. ¡Después sí, pero tú sola! (La rechaza con violencia.) Y la historia volverá a empezar: ¡tú, a tu mundo de muñecos! ¡Mi cachorro, allá arriba, conmigo!

MARGA. - ¡Eso nunca! Mi hijo será la gran obra de mi vida, todo lo bueno tuyo y todo lo bueno mío. ¡Pero ni la bestia ni el muñeco! ¡Un hombre con la dimensión exacta del hombre! ¿Lo oyes? Quiero ser, ¡por fin!, la madre de un hombre verdadero..., un hombre completo... ¡Un hombre!

Las rodillas se le doblan. PABLO la sostiene.

PABLO. - ¡Marga... Marga... ¡ (MARGA está desmayada en sus brazos. La lleva a un sillón junto a la chimenea.) Mírame. No supe lo que decía ... (Se arrodilla a sus pies, besándole las manos.) ¡Es que no pude soportar la idea de que otro hombre hubiera tocado ni uno solo de estos cabellos que son ya mi único bosque! ¡Despierta! ¡Marga! ¡Mírame con desprecio, pero con tus ojos! Insúltame si quieres, ¡pero con tu voz ¡Marga... Marga...! (MARGA sigue inmóvil. Repentinamente, todas las luces se apagan, quedando sólo los candelabros y el reflejo de la lumbre. Una ráfaga de viento agita las cortinas. PABLO comienza a sentir el miedo animal a lo invisible que estremeció su infancia montañesa.) ¿Pero qué significa esto? Estas manos quietas..., estos ojos sin mirada... ¿Qué frío ha entrado aquí en la sombra...? (Se levanta temblando y se pone ante ella defendiéndola con su cuerpo.) ¡No! ¡La muerte, no! ¡Toda mi vida por un minuto de la suya, o juntos! ¡Pero no me dejes solo otra vez, porque me mato aquí mismo con ella! ¡Solo, después de haberla conocido, no! ¡Solo, ya nunca más! (Entonces estalla un trueno, y un relámpago vivísimo entra del jardín. PABLO se vuelve deslumbrado hacia el golpe de luz.) Gracias, Señor..., gracias...

Marga vuelve en sí lentamente. MARGA. - Pablo querido...

PABLO corre de nuevo a sus pies.

PABLO. - Aquí estoy, Marga ¡Contigo siempre!

MARGA. - No me dejes así... No puedo. Es morir.

PABLO. - No tengas miedo; la muerte ya no se atreverá. Por Que ahora la vida está dentro de ti... Dios está con nosotros... ¡Y esa tercera palabra, que no me has dicho nunca...!

MARGA.- (doblándole con tierna violencia sobre su regazo y acariciando la cabeza vencida). -¡Amor..., amor..., amor...!

TELÓN FINAL

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

¿Quieres colaborar con **Librodot.com?**

Envía material a

libro@librodot.com

biblioteca.librodot@gmail.com

**o realiza una donación de 10 U\$s
en nuestra página web.**